

Rafael Cadenas

En torno  
al  
lenguaje

Quisiera que este trabajo fuese testimonio de un recio amor, el amor a la lengua. Un sentimiento que fue, al principio, inconsciente, de lector ávido; casi desatendido luego entre los trajines de una actividad de la que me retiré hace ya muchos años y reconocido finalmente tras varias crisis, pues nada es psíquicamente fácil, y que posee, sin embargo, el carácter de lo que siendo firme, sólo los años nos dejan ver. Se asemeja a un afecto del que poco a poco nos damos cuenta, que va insinuándose lentamente hasta cobrar imperio.

Creo también que estas páginas pueden servir de contrapunto a *Literatura y vida*, notas para un curso que lleva este mismo nombre, y al ensayo *Realidad y Literatura*, que hoy me parecen bastante unilaterales, aunque en su descargo cabe una razón: busqué poner de relieve de modo que resaltara con fuerza inusual

la dimensión menos valorada de la existencia, la dimensión de fondo, la no verbal, donde ocurre el contacto con el mundo circundante, y al querer destacar algo que se soslaya solemos cargar la mano y olvidar aspectos principales.

En aquellos escritos yo trazaba fronteras. En estos últimos años dejé de hacerlo. Hoy veo todo envuelto por el misterio y no sólo la dimensión que trataba de destacar. ¿Qué diferencia existe, por ejemplo, entre un árbol, un deseo, una palabra? Todo, absolutamente todo, forma parte de la realidad, que es, en última instancia, desconocida. Pero siendo desconocida, nos constituye, es nuestro fondo, por lo que también le pertenecemos, lo cual nos confiere una dignidad que no percibimos ni tampoco solemos honrar, pues ¿cuándo la tenemos presente con fuerza decisiva?

Si un árbol es un milagro, no lo es menos un deseo, una palabra. ¿Por qué habríamos de otorgarle un puesto mayor al árbol? ¿Porque no está "contaminado" por el yo? ¿Porque es trasunto de lo desconocido? ¿Quién nos autorizó para establecer divisiones? ¿No es falta de humildad hacer afirmaciones sobre lo que es o no es real?

Todo pertenece a una misma dimensión, todo o nada. Así, comencé a recuperar lo que la poderosa dialéctica de los místicos me había arrebatado.

De paso: ellos, que propugnan el silencio, no parecen contar entre sus muchas abstenciones, las verbales.

Es extraño que para acallar la mente haya que usar tantas palabras.

Digo esto con el mayor respeto, pues mi deuda con los místicos es inmensurable.

Pero también tengo otra deuda con la palabra. A ella le debo deleites de lector, que están entre los mejores con que me ha regalado la vida, y los más frecuentes, dado que soy más lector que escritor. Y con todo, aquellos ensayos respondían a otra fidelidad. Había que enderezar la balanza, buscar el punto intermedio, evitar el otro extremo, el de la deificación de la palabra. Este sigue siendo un peligro para quienes ponen en ella su vida.

Al escribir estas páginas he preferido, en parte, dejar hablar a algunos autores, —pues expresan con gran intensidad una tribulación que no puede dejar de sentir ningún hombre para quien la cultura sea una realidad honda— y ser yo un puente entre ellos y el lector. No cederles la palabra hubiera privado a este ensayo de la contundencia conque la blanden. Los comento, pues, cuando me parece oportuno. Al hilo de sus consideraciones expreso las mías. Así, también, a más de poner juntas, en manos de lectores interesados, armas que suelen andar dispersas, me siento menos solo. Si este trabajo pudiera servir de pequeño arsenal para defender lo más amenazado, la lengua y la cultura, me sentiría contento. En este terreno comparto los mayores pesimismo. Tal es mi talante, y no creo que necesite dar razones, o sinrazones. El mundo está a la vista.

La masificación ha instaurado el "reino de la cantidad". Aquí descreo de aquella ley que ve el ascenso cualitativo como producto del número. Tras cada problema actual está, incrementándolo, el crecimiento de la población, y en el campo de la cultura sus efectos han sido devastadores. La educación, sobre todo, ha sufrido grandes estragos. Tiende a colectivizarse, a volverse mecá-

nica, a transformarse en una actividad sin alma, a tal grado que me pregunto si deberíamos seguir usando la palabra educación para designar lo que se hace hoy en los institutos de enseñanza. ¿A qué se reducen sino a impartir, mal, conocimientos con miras a la sobrevivencia? En su libro *Sobre el porvenir de nuestras escuelas* ya Nietzsche establecía una diferencia entre "instituciones para la cultura e instituciones para las necesidades de la vida", la vida práctica, las cuales nada tienen en común, y aclara que todas las existentes para su época pertenecen al segundo tipo. Yo no me atrevo a imaginar lo que diría hoy Nietzsche. El discípulo de Burckhardt piensa en términos exigentísimos de cultura. Habla desde una cumbre cuya altura nos dice cuánto hemos descendido. El abismo que separa esta obra de la época en que vivimos es tal que hasta ingenuo nos parece su autor, y confieso que su opinión suscita en mí una dolorosa sonrisa.

Lo que Nietzsche reclamaba, ya había dejado de cumplirlo el siglo XIX. En el XX se acentúa el descenso, aunque cuantitativamente la educación alcance niveles nunca vistos en la historia, pues la preocupación por la calidad, que debía ser la nota dominante, casi ha desaparecido. Su majestad el número ha tomado el poder.

El mundo no suele hacerle mucho caso a ningún pensador. Sigue su curso impelido por fuerzas que nada tienen que ver con la conciencia y que la condenan más bien a un papel marginal. Hasta podría preverse lo que va a ocurrir con los deseos de los pensadores: sabemos que no se realizarán.

Debo aclarar también, aunque no me parezca indispensable, que estas páginas no invitan, como contrapartida, a la retórica, a un hablar atildado o a engolar la expresión. Al contrario, si de algo

adolece el español que se usa en ciertas esferas es de falta de sencillez. Me refiero a la sencillez clásica que estaba vinculada a un vivir que no se había desprendido de los quehaceres humanos, nutrida por veneros de un idioma al que no había invadido el rodeo, la "abstractividad", el eufemismo que inficionan el español moderno y que delatan una tendencia a huir de la realidad.

Tampoco se trata de expresarse sin dificultad. La dificultad ya indica conciencia del lenguaje, y desconfío de muchas solturas. A veces la fluidez, la facilidad de palabra, sólo trasunta una constante repetición. El decir del alma, el más hondo, no suele ser fácil, y el espíritu está reñido muchas veces con la brillantez; busca más bien veracidad, exactitud, fidelidad.

Por último, necesito añadir que no he escrito estas páginas en postura de quien sabe sino de quien siente. Padezco el tema y me parece que la dificultad expresiva del pueblo al que pertenezco es también la mía, que no puedo desconectarme de lo que está tras ella. A pesar de las diferencias de formación, el fondo es quizá el mismo. Deseo creer que nuestras mudeces se asemejan, y que son significativas. ¿Cómo podría hablar, pues, desde una suficiencia? En materia de lenguaje soy también menesteroso. Es precisamente mi lucha con el lenguaje lo que me ha hecho observador atento de los problemas que aquí toco. Observador, no juez. No deseo ser visto como tal: ello iría contra el espíritu de estos ensayos. Ni como censor del habla genuinamente popular, tan llena de expresividad y vida, de sentimiento y de tierra y que pertenece con pleno derecho a la cultura. Y para seguir con estas aclaraciones: espero que mis referencias a la lingüística no sean tenidas por ataques a esta especialidad y mucho menos a personas. Mi crítica, o reclamo más bien, es sólo en relación con el aspecto que me preocupa.

No desconozco el valor de esta disciplina. Más aún: creo que los lingüistas pueden ayudar a los que no somos especialistas. Lo mismo cabe decir sobre mis alusiones a los métodos en literatura. Considero que también tienen su función. Sólo he querido señalar que se debe ser cuidadoso al usarlos. No ver en sus justos términos lo que digo en este trabajo sería distorsionar mi intención, pues no me mueve nada personal.

LA QUIEBRA DEL LENGUAJE

De una manera general se puede decir que el venezolano de hoy conoce muy poco su propia lengua. No tiene conciencia del instrumento que utiliza para expresarse. En su lenguaje, admítámoslo sin muchas vueltas, se advierte una pobreza alarmante. El número de palabras que usa es escaso, está lejos de un nivel aceptable y en los casos extremos apenas rebasa los límites del español básico; por lo general no lee ni redacta bien. Infortunadamente también ignora que la propia lengua puede y debe estudiarse a lo largo de la vida; para él es sólo una tediosa materia de los programas de la escuela y del bachillerato de la cual se siente al fin libre. Tampoco sabe que nunca ha recibido clases de lengua, aunque haya llegado a la universidad. Pero no quiero anticiparme: este punto será tratado con cierta extensión más adelante. Lo cierto es que el lenguaje no ocupa ningún puesto en la gama de sus intereses.<sup>1</sup>

Tal vez estas afirmaciones parezcan duras o excesivas; sé que no serán gratas para los expertos, pero cualquier otra manera de formular mi impresión la sentiría como un understatement.

Me he referido, sin precisar, a la deplorable situación del lenguaje entre nosotros, dado que no es mi propósito señalar pormenorizadamente las fallas más usuales en que se incurre.<sup>2</sup> Son ya muy conocidas y además innumerables como para incluir las en un ensayo que solo quiere alertar sobre el peligro en que se encuentra nuestro español, con miras a preservarlo, a evitar que vaya a volatilizársenos también esta riqueza. El empobrecimiento en que ha ido cayendo, pues empobrecimiento es la palabra que mejor compendia el estado en que se encuentra, puede llevarlo a una inopia irreversible, sin posibilidad de recuperación.<sup>3</sup>

Esta es una de las carencias más notorias, pero menos señaladas, entre las que afectan a nuestro pueblo. ¿Por qué se suele pasarla por alto? ¿A qué se debe semejante omisión? ¿Por qué se habla de otras carencias, y casi nunca de ésta tan vinculada al vivir del individuo y de la comunidad que no puede menos de incidir en él? Se trata de una extraña subestimación, pero no deseo tantear en pos de explicaciones. Prefiero dejar las preguntas en el aire.

Para mí es evidente que Venezuela está aquejada de un grave descenso lingüístico cuyas consecuencias, aunque no sean fácilmente visibles, se me antojan incalculables. Resulta difícil percibir, sobre todo, las que sin estar a la vista, son las más importantes, pues tienen que ver con el mundo interior.

Tal vez otros países donde se habla español no le vayan en zaga a Venezuela en esto, pero sólo conozco, o vivo más que

conozco — ¡y con qué desazón!— lo que aquí ocurre. Eso que nos afecta a todos, como oyentes, como hablantes, nos damos cuenta o no. En realidad, desconocemos sus repercusiones más hondas, más sutiles y más ocultas. En este campo sentimos, pero no advertimos mucho. Solo sabemos que el lenguaje actúa sobre el tenor de nuestro vivir, y ya eso es suficiente para apreciar su gravitante poder.

La situación no deja de ser peligrosa; un idioma puede decaer, empobrecerse, morir; sin embargo, nada se hace para afrontarla. Aquí también señorea sin mayores obstáculos la corriente de la descomposición. La sociedad ignora el problema; el Estado es pasivo; los institutos de educación fallan escandalosamente en la tarea que con respecto a la lengua les corresponde: la de enseñarla la de trabajar con el español de los estudiantes a fin de que mejore, y el principal medio de comunicación, la televisión, por un lado contribuye a difundir un español que cabe llamar *standard*, bastante insípido y no sin traslados literales, sobre todo del inglés; por otro lado, se aplica a fomentar, imponer y consolidar deformaciones o vulgaridades, siendo tal vez este lado el más eficaz. No he mencionado la radio porque si bien se oye mucho, dudo de su existencia; si admitiéramos que existe tendríamos que considerarla incomparablemente peor que la televisión. El principal mérito de la radio parece ser el de volver estridente la vulgaridad, aporte por lo demás superfluo en nuestro medio.

Trataré de ser objetivo: en la televisión hay excelentes programas tanto importados como hechos en el país —aquellos abundan más que estos— pero son precisamente los que cuentan con menos televidentes. En razón de su calidad no pueden competir, son derrotados por los que el público frecuenta más, en

parte porque la misma televisión lo ha acostumbrado a ellos. Es decir, después de habituarlo a productos de baja calidad, —como las telenovelas, esas escuelas de histerismo, desfachatada vulgaridad y pésimo lenguaje— tienen que seguir suministrándoselos. He oído decir que el lenguaje de las telenovelas es el que usan los venezolanos, que los libretistas llevan a la pantalla el que oyen en su ambiente y los directores y actores se encargan de la “manera” de hablarlo. Si es así, las telenovelas constituyen la prueba más contundente de que en punto a idioma sí se encuentra Venezuela en un estado de indigencia.<sup>4</sup>

Los periódicos contribuyen un poco más a sostener la lengua, pero habría que reprocharles la grave negligencia que se nota en el material procedente del extranjero, que se nos sirve en un español tras el cual percibimos sin esfuerzo los giros ingleses. Es, a veces, un inglés mal trajeado a lo español por traductores a los que la construcción propia de nuestra lengua les es o se les ha vuelto extraña y por periodistas que desconocen la frase española y por ello no pueden detectar el contrabando o periodistas a quienes simplemente les importa poco que nuestra lengua desaparezca, lo cual a la larga es posible. Las deformaciones pueden ir poco a poco o tal vez rápidamente —nada es hoy lento— cambiando su faz, hasta volvérsela irreconocible.

Cabe afirmar, sin injusticia, que los medios de comunicación son indolentes ante el idioma. A la televisión —vuelvo sobre este medio por ser el de mayor alcance y por considerar irremediable la radio— puede exigírsele, al menos, que mantenga un nivel de expresión aceptable, que no contribuya a desfigurar el idioma y que no recoja lo peor, pues suele darles profusa circulación a injustificables monedas lingüísticas.

La televisión magnetiza. Su influencia no admite comparación con ninguna otra. Creo que la televisión, el automóvil y la propaganda le dan su nota más característica a nuestra época. De ahí que me haya demorado en este punto y no quisiera abandonarlo sin referirme a la propaganda, especialmente la televisiva. Cada planta golpea sobre un público inerte, incitándolo a gritos o con tonadillas para embobecer a comprar, comprar, comprar, lo que sea, limpiadores, detergentes, cigarrillos, automóviles, máquinas de afeitar, champúes, margarinas, leches condensadas, discos, jabones, o anunciándole los maravillosos espectáculos que le tiene preparados o entonando loas, en impar ejercicio de autoexaltación, a la calidad de sus programas, lo que no puede menos de tener un efecto que seguramente va más allá del estímulo al consumismo, del fomento de la masificación o del pábulo a la simple tontería. Tal vez lo más dañoso sea ese su desconsiderado golpeteo, esa su endemoniada repetición, su abusiva frecuencia que al decir de los expertos, no tiene parangón en los otros países. De ahí que sería saludable regular, en este aspecto, a las plantas privadas.<sup>5</sup>

Sobre los institutos de educación haré, más adelante, en otro capítulo, algunas consideraciones.

La situación de deterioro que he descrito de manera muy sucinta tiene graves consecuencias para el venezolano. El desconocimiento de su lengua lo limita como ser humano en todo sentido. Lo traba; le impide pensar, dado que sin lenguaje esta función se torna imposible; lo priva de la herencia cultural de la humanidad y especialmente la que pertenece a su ámbito lingüístico; lo convierte en presa de embaucadores, pues la ignorancia lo torna inerte ante ellos y no lo deja detectar la mentira en el

lenguaje; lo transforma fácilmente en hombre masa, ya que una conciencia del lenguaje es una de las mejores defensas frente a las fuerzas que presionan contra la individualidad. ¿Para qué seguir enumerando limitaciones? Sería nunca acabar. Ya se sabe que la lengua es como el almacén de toda la cultura.

Tampoco es mi intención inquirir sobre los factores que pueden haber ocasionado este deterioro, o adentrarme en ellos. Soy poco dado a este tipo de indagaciones. Me interesa el hecho actual. Por lo demás, tales factores están casi todos a la vista: la ruptura violenta con España, que alejó a Venezuela de su matriz lingüística, lo cual, idiomáticamente, no podía ser enriquecedor para ninguna de las partes; las guerras y dictaduras del siglo XIX y comienzos del XX, que impidieron un desarrollo normal de la educación y la cultura, pero no el de un primitivismo que todavía nos afecta: los caudillos locales han sido reemplazados por esos "patriotas" que "se meten" a la política con el fin de conseguir un cargo público, no para servir —esta idea corresponde a una constitución humana y social que ellos no tienen— sino para enriquecerse, lo que ha hecho de nuestra democracia un régimen insolvente, encubridor y hueco; las deficiencias en la enseñanza de nuestro idioma por las escuelas y liceos; el espíritu de masa que mira con desconfianza toda expresión que se separe del patrón general; hasta el machismo, para el cual hablar bien resulta sospechoso —de ahí que fomenta el cultivo del mal lenguaje—, pero, sobre todo, la absoluta indiferencia por parte del Estado y de la sociedad: el asunto no figura en el catálogo de las prioridades; ni siquiera es visto como problema; les debe de parecer insignificante al lado de los "verdaderos problemas", sin pensar en que tal vez estos dependan, en cierto modo, de aquel.

"¡Al diablo con el lenguaje! hay cosas más importantes que atender", parecería ser el lema imperante en el país (no sé si las "cosas más importantes" son en realidad atendidas). Aquí impera desde siempre la pasividad inconvencible. Tal sería la raíz del mal. El descenso idiomático se produce como secuela natural de esta actitud.

Por eso parece no importar mucho que los medios de comunicación propaguen usos de mala ley o que en las escuelas y liceos no se enseñe el idioma que probablemente hablamos o que las universidades venezolanas gradúen profesionales que no llegaron a conocerlo o que un lenguaje defectuoso no sea un obstáculo para ningún político o que los jóvenes hayan ido sucumbiendo a una especie de mutilación verbal al adoptar una jerga que solo contribuye a que su mundo se encoja. En fin, me detengo: temo perderme en la enorme red de factores que han influido en nuestro lenguaje actual. Sólo he mencionado algunos y seguramente cada lector podrá agregar otros, pero deseo, sí, expresar de una vez una impresión muy firme en mí: esta situación de deterioro de nuestro lenguaje forma parte del deterioro general que padece la sociedad venezolana y no debiera considerarse, como suele hacerse, de manera aislada. ¿Cómo iba a quedar exento el lenguaje si es parte esencial del hombre? No pueden separarse; están unidos inextricablemente; el destino de uno afecta al otro y entre ellos se establece una constante interrelación que, al parecer, tiene la particularidad de estar a la vista y ser fácilmente pasada por alto.

Si la educación está en baja; si la corrupción se instala en el Estado y la sociedad sin que estos reaccionen vigorosamente; si dirigentes del país, se dedican a robarlo; si la justicia es burlada con facilidad por los poderosos; si nuestras pocas tradiciones

desaparecen arrasadas por un desarrollo unidimensional, el único que conocemos; si en el ambiente físico campea la fealdad, el descuido, la dejadez, el abandono, la polución; si la tecnología impone su dominio acosando o desplazando la formación humana; si los medios de comunicación están más al servicio de intereses parciales que de la comunidad, y en general la atmósfera del país es de descomposición, ¿va el lenguaje a permanecer indemne?

Aunque parezca no haber relación entre todo esto y el lenguaje, no puedo dejar de conectarlos. Es fácil ver cómo los aspectos que he mencionado se vinculan entre sí, pero no tan fácil ver la relación de estos, y los que se me escapan, con el lenguaje. Lo que ocurre en la sociedad tiene que reflejarse en él, e inversamente, lo que le pasa al lenguaje tiene a su vez efectos en la sociedad. Con frecuencia se olvida también que éste gravita más de lo imaginable sobre hechos que aparentemente no tienen conexión con él y sobre los cuales se suele dar explicaciones de otra índole.

Creo que esto lo comprenderemos mejor en términos de cultura. ¿Puede ella existir sin una formación lingüística? ¿Y cuánto no depende, en el terreno económico o social o político, de lo que llamamos cultura! La formación lingüística a que me refiero incluye, desde luego, a la que es espontánea, la que se adquiere en el ambiente, sin más, cuando el lenguaje no se ha degradado, y la cual se entrecruza, en toda sociedad, con la que se apoya en la transmisión escrita de carácter culto. Espero que la soslayada relación entre el lenguaje y hechos que parecen serle ajenos vaya perfilándose a través de estos ensayos, que se completan entre sí. Pero reanudemos el hilo.

El morbo —la baja idiomática— va haciéndose endémico; se

afianza en la indiferencia, y al parecer, no lo padece sólo nuestro ámbito lingüístico: ataca corrosivamente en todas partes, desasosegando a los que todavía se aferran a la idea de cultura. Conozco quejas sobre otros idiomas, parecidas a las que se oyen respecto al español. ¿Pero hasta dónde se aguilata la magnitud del hecho? Uno se siente tentado a creer que en este punto se embota la capacidad humana de valoración. Suele verse dentro de límites exclusivamente lingüísticos. ¿Como si el lenguaje no estuviera en relación estrechísima con todo lo que atañe al hombre, como si no fuera inseparable de su mundo!

Recordemos, por ejemplo, que hablar y pensar son funciones que se vinculan de modo indisoluble; no pueden existir la una sin la otra. Además el lenguaje no solo le da su rasgo más característico al hombre: también lo configura. “El mundo va conformándose para el hombre según la imagen del lenguaje, y cada nueva precisión idiomática es al mismo tiempo un aumento, un enriquecimiento de su mundo. Esto no se refiere sólo al mundo externo, sino también al interno, espiritual y anímico. Así como el mundo externo va estructurándose en el niño al aprender éste a designarlo, a captarlo idiomáticamente, así también se estructura y se forma su fuero íntimo por medio de la expresión idiomática. Alegría y dolor, amor y paciencia, aburrimiento y expectativa, franqueza y orgullo, etc.: todo ello va configurándose bajo la conducción de las palabras que el lenguaje pone a disposición del hombre. Y con tal proceso se va formando su naturaleza interior. Lo cual sin duda no significa que el lenguaje produzca los sentimientos sacándolos sencillamente de la nada. Algo de vida anímica debe preexistir. Pero ese algo es todavía informe e inaprehensible y sólo adquiere su forma y con ello su verdadera realidad al fundirse en los moldes idiomáticos prefigurados o, mejor dicho, al unirse a tales formas

prefiguradas. Y puesto que cada lengua, como hemos visto, va acuñando esta actitud de un modo específico en cada caso, también el hombre se va formando dentro del lenguaje de un modo específico en cada caso".<sup>6</sup> Podría afirmarse que, en gran medida, el hombre es hechura del lenguaje. Este le sirve no sólo como medio principal de comunicación, para pensar y expresar sus ideas y sentimientos, sino que también lo forma. Está unido en lo más hondo a su ser; es parte suya esencial, propia, constitutiva. En cierto modo conocemos a las personas por su manera de usar el lenguaje. Este nos revela más que cualquier otro rasgo.

Hay otro aspecto que no debe formar parte de los que omito forzosamente en razón de lo extenso del tema: un descenso del lenguaje debilita y hasta puede cortar nuestros vínculos con el pasado, quitarnos el suelo histórico al que pertenecemos, pues hablar una lengua es una filiación a un territorio cultural específico. La desmemoria que se observa en el mundo moderno quizá tenga que ver con ese descenso, ya que el lenguaje es vía cardinal de comunicación no solo en el presente, sino también con el pasado. Cuando hablamos, en nuestras palabras resuenan siglos; cuando leemos libros de épocas remotas nos topamos palabras que aún decimos. Se trata de un hilo que viene del ayer, y está entrelazado con el de la historia.

Permítaseme una referencia personal dentro del ámbito lingüístico a que pertenezco. Me emociona pensar que las palabras que yo pronuncio son las mismas que pronunciaba, por ejemplo, Cervantes, o encontrar en sus obras las palabras de mi infancia oídas tantas veces en boca de mis abuelos o mis padres o compañeros de escuela o de juegos. El lenguaje está cargado hasta los bordes de tiempo. Nos sumerge en el pretérito o nos lo trae a

nuestro hoy. Rezuma formas de vida por todos sus poros y él mismo es forma.

Supongamos que nuestro lenguaje actual vaya distanciándose cada vez más de aquel en que están escritas las obras clásicas de la literatura, o aun, me aventuro sin titubear, las modernas, y alguien que no sea un lector intente leerlas ¿no sentirá que están en una lengua extraña, casi muerta? Es lo más probable, y ¡qué descorazonador! Porque esas obras están en una lengua más viva, más abundante y más rica que la usada por nosotros en la vida corriente.

El asunto es vasto. Desborda los modestos límites que se le suelen asignar. Habría que verlo en relación con el hombre moderno que le ha dado la espalda a todo lo que no cabe en el limitado círculo de sus intereses, y con el lenguaje ha hecho lo mismo que con otros valores: lo ha puesto en trágico olvido. Es una miseria más que faltaría por añadir a las que le han señalado pensadores como Spengler, Ortega, Jung y muchos otros. ¿Añadir? ¿No se nos habrá escapado su verdadero rango? ¿No será esta omisión un signo que revela una incapacidad para estimar debidamente el puesto de la lengua en el mundo del hombre?

Siempre me ha sorprendido que la mayoría de los pensadores que se han dado a la faena de ahondar en los más diversos aspectos del hombre de nuestra época dejen de lado la cuestión del lenguaje, el cual debe de estar detrás de todas las crisis que lo afectan, condicionándolas o sufriendo sus efectos, en estrechísima correlación, en franco o subterráneo nexo, en sutil o marcado compás. En rigor, lo que ellos defienden es el individuo, que está amenazado sobre todo por la masificación, y aunque el lenguaje es parte importante de esta situación dramática, no lo toman en cuenta o lo tocan muy

de paso. Para mí, al menos, es evidente que alguien consciente de lo que son las palabras estará en mejores condiciones para resistir todas las formas de manipulación que atentan contra su individualidad; es improbable que no pueda detectar las imposturas al uso; difícilmente caerá en la trampa del gregarismo. El hombre masa no tiene lenguaje; usa el que le imponen. Cuando comienza a tenerlo, es decir, cuando pone atención a las palabras y va dejando de usarlas mecánicamente, ya está en camino de zafarse de la hipnosis a que estaba condenado. Seguramente las fuerzas manipuladoras saben que la conciencia del lenguaje es un bastión del individuo; y ya que hablamos de éste, me atreveré a dar otro paso: creo que así como la educación lingüística —que no se debe confundir con el estudio de la lingüística— es condición para el conocimiento de los demás, también lo es del propio, sin el cual no puede hablarse de individuo. La educación lingüística a que me refiero, es por lo menos, entre otras cosas, una educación en exactitud, necesaria en el proceso de autoconocimiento.

El lenguaje es inseparable del mundo del hombre. Más que al campo de la lingüística pertenece, por su lado más hondo, al del espíritu y al del alma. En otras palabras, no puede hablarse separadamente de un deterioro del lenguaje. Tal deterioro remite a otro, al del hombre, y ambos van juntos, ambos se entrecruzan, ambos se potencian entre sí. Por eso en la defensa del hombre ha de incluirse la del idioma, y la de este no reducirse a sus fronteras específicas.

De la incapacidad para ver esta relación procede ese restringir toda preocupación por la lengua al terreno cercado de una especialidad muy técnica.

En realidad, el lenguaje siempre se trasciende a sí mismo. Lo

que le pasa es síntoma que apunta a una causa ajena a él, y a su vez, actúa sobre la esfera no lingüística. ¿No es él la nota humana por excelencia? ¿No forma como la otra cara de cada ser? ¿No es el fundamento del mundo del hombre, de la cultura? Sin embargo, no suele volverse sobre sí mismo en ademán de auscultación. Es un instrumento que se usa y nos usa sin que pongamos en él los ojos para ver su estado, en sesgo de autoconciencia.

El mundo moderno ha entronizado un desdén hacia todo lo tocante a la lengua todavía mayor al que la historia nos acostumbró a aceptar. No deja de ser extraño que esto ocurra en la época de mayor auge de la lingüística. La inesperada paradoja se me antoja significativa; tal vez nos está diciendo que a la lingüística la atraen más sus teorizaciones que el destino de la lengua, y por eso, en vez de cuidarla, la convierte en objeto de laboratorio; la vivisecciona. Ciertamente, su enfoque fenomenológico, imparcial, aséptico, revela una falta de sentir que se traduce en una especie de impasibilidad complaciente ante deformaciones y fealdades idiomáticas por el solo hecho de que existen. Así, la lingüística, respaldada por su prestigio de ciencia —sabemos que esta palabra es mágica— ha estimulado la tendencia general a permitirlo todo.

Hemos pasado de un extremo a otro: de la actitud envarada de los académicos puristas del siglo pasado, condenadores vehementes de defectos que muchas veces no eran tales, a la óptica de la lingüística cuya posición se parece mucho a la complicidad. Hasta creo que puede ver imperturbablemente cómo se desmorona un idioma. La rigidez fue reemplazada por la licencia; la manía purista cedió el puesto a la impasibilidad científica; la obsesión por lo correcto dio paso a una aceptación de todos los descarríos. Los académicos pretendían cuidar celosamente el caudal legado; los lingüistas lo observan para registrar sus cambios, estudiar su

anatomía, teorizar impecablemente, sin pronunciarse, pues su ciencia es solo descriptiva. Aquellos eran fiscales ceñudos; estos son observadores que van con la corriente del uso, sea cual sea. Decretan la pasividad.

¿No estaremos hoy en condiciones de buscar un equilibrio entre ambos extremos?

Tal vez sea este el momento de sustraerse a ambas posiciones. Ni actitud de dómines que se dan mezquinamente a cazar faltas menudas ni actitud de científicos que no toman partido y en cuyas manos se diluye toda diferenciación. Habría que buscar otro punto de mira.

Pedro Salinas señala que las academias se arrogaron una autoridad despótica, y al desprestigiarse estas y cobrar auge la concepción positivista de las lenguas que las ve como "organismos naturales de evolución fatal e independiente del ánimo del hombre, se vino al otro extremo del péndulo: la reducción del trabajo del ser humano sobre el idioma a un simple registrar de fenómenos indominables, y el abandono de toda tentativa de influir en los destinos de la lengua por considerarlo como un desmán contra una supuesta ley natural. De la autocracia se pasó a la anarquía. O algo peor, a lo que yo denominaría el panglosismo".<sup>7</sup> Que, acoto, lleva a un *laissez faire*. De la rigidez académica hemos dado en un libertinaje lingüístico peligroso que los especialistas no pueden afrontar, pues están desarmados por su propia postura, esa de insensible neutralidad que ve como simple fenómeno de laboratorio todo uso que aparezca; y lo de laboratorio es casi literal: a veces dotados de aparatos, que de paso les atrae las simpatías del Estado al darle a su disciplina ese color de ciencia que tanto le gusta, andan recogiendo y estudiando rasgos, cambios, dife-

rencias; pero una falla los limita. El sentir, en ellos, está debilitado; no pueden estimar. Como investigadores, no como hombres, deben dar de lado el instinto de valoración, pues así lo exige su propia especialidad; esta les arrebató lo que no requiere, lo cual no dejará de ser conflictivo para muchos de ellos. En algunos, no obstante, existe una verdadera preocupación por lo que le ocurre al lenguaje.

Ver como "desmán contra una supuesta ley natural" toda intervención me parece una observación capital que resume la objeción más frecuente a toda iniciativa respecto al lenguaje. Como la lengua la hace la gente —el pueblo, precisan algunos— hay que dejarla seguir su curso. En otras palabras, quienes presuntamente la han hecho pueden deshacerla, aunque la cultura se derrumbe. Es como si los obreros que han levantado un edificio comenzaran a derribarlo sin saber lo que hacen y nadie tratara de impedirlo. Los especialistas del lenguaje se atienen a lo de voz del pueblo, voz de Dios, o a la versión moderna de la misma tontería: el pueblo nunca se equivoca. Claro que se equivoca, y mucho, y en todo, no solo en materia de lenguaje. Esta beatería no difiere, en el fondo, de un fetichismo popularista, que esta vez aparece, inesperadamente, en una facción de estudiosos profesores universitarios. Con todo, por su excelente conocimiento del lenguaje, los profesionales de la lingüística pueden contribuir, como guías, en su enseñanza y en la investigación.

Debo añadir que no es la transformación de la lengua lo que me parece mal. ¿Quién podría estar contra ese proceso? Lo que considero grave es que la olvidemos y, por olvidarla, surja en su lugar otra, de emergencia, inventada, hecha con retazos del inglés; de la jerga juvenil, procedente a su vez, en parte, de la que usa el

hampa; de los clichés que implantan los medios de comunicación. Esta sustitución, que ya nos es dable entrever, cortaría nuestro contacto con todo lo que la tradición guarda en sus arcas, con todo lo perdurable creado en nuestra lengua. Alego, sobre todo, en favor de su vieja riqueza, sin que ello signifique oposición a lo nuevo. Mucho de lo que brota tiene validez, mas para que se inserte sin causar daño en el lenguaje, este ha de tener cuerpo y el cuerpo está hecho de memoria. Es el ayer vivo de la lengua lo que no debe perderse. Cuando una comunidad conoce bien su lengua y está en condiciones de apreciarla y quererla, puede recibir sin riesgo todos los aportes. De otro modo, es posible no que esta cambie, sino que *se la cambien*, sin que se dé cuenta, fuerzas muy ciegas.

## NOTAS

1. Aludo, claro está, a un enorme sector de la población, no a toda. En Venezuela, como en la mayoría de los países, existen muchos niveles y diferencias. Mis afirmaciones no deben tomarse a la letra. Con todo, aun el lenguaje de personas a quienes la lectura no les es extraña y cuyo español no puede considerarse deficiente, muestra poca variedad, ha ido perdiendo sabor, se siente desangelado.

Por lo demás, Arturo Uslar Pietri, Ida Gramcko y Pedro P. Barnola, entre otros, han expresado su preocupación ante el estado en que se encuentra el idioma en Venezuela.

En España parece que tampoco andan bien las cosas. Con el título de "Poco se puede hacer por el idioma", *El Diario de Caracas* publica la siguiente información: "Los miembros de la Real Academia Española están descorazonados, pero no vencidos. La degradación del idioma español, pese a la lucha constante de sus cuarenta y seis miembros, es un hecho. Alfonso Zamora Vicente, secretario permanente de la institución, declaró en reciente entrevista, que "la gente no tiene cultura". Y no se quedó allí, atribuyo buena parte del problema a los medios de comunicación que "están en manos de idiotas" y al sistema de educación, "un desastre total", afirmó". 21-1-84.

2. Sus fallas requerirían un estudio especial. Podrían mencionarse, sin embargo, entre las más comunes, el abuso de ciertas expresiones innecesarias como *a nivel de*; disparates como el *vaso con agua* que nos sirven los mozos de cafés, restaurantes y bares para corregir nuestro antiguo y clásico vaso de agua; horribles anglicismos que se introducen a través de los doblajes de la televisión y las traducciones de la prensa, como *¿qué tan lejos queda, qué tan pronto, qué tanto lo conocía?*, por *¿a qué distancia, cuándo, hasta qué punto?* o *¿cómo le gusta?* en vez de *¿cómo le parece?* o ese *olvidalo* en lugar de *déjalo* y muchísimas otras locuciones extrañas a nuestra lengua; eufemismos destinados a escamotear la realidad, como *soluciones habitacionales* para designar lo que siempre se ha llamado *casa* o *apartamento* (no sé quién podría vivir en una *solucion habitacional*); neologismos que no se justifican, pero con los que se busca causar efecto y que generalmente sustituyen a las palabras que son matrices, porque ya estas no suenan bien para los oídos remilgados de una época que emascula el idioma.

Consideración especial merece el ridículo *de que*, el cual suele usarse cuando no es necesario y no usarse cuando el régimen del verbo lo exige, y al cual han sucumbido presidentes, ministros, rectores, vicerrectores, profesionales, maestros, políticos, profesores, locutores, animadores, comentaristas deportivos, estudiantes, intelectuales y hasta académicos de varias academias. Algunos comentaristas de beisbol baten todas las marcas. Se puede decir que a las divisiones que ya existen en Venezuela hay que añadir la muy significativa de los que usan correctamente el *de que* y la de aquellos que por ignorancia o desatención al idioma, lo usan a cada paso.

Esta deformación, que antes ocurría con verbos como pensar, creer, considerar, parecer, decir y otros parecidos, tiende a extenderse e invadir como plaga, e inesperadamente, a muchos otros. A casi todos. O, me temo, a todos. Pese a que son pocos los verbos que requieren la preposición *de* antes de la palabra que, el vicio se esparce y afirma. Lo más desalentador es que incurran en él personas que no pueden ser tachadas de ignorancia.

El uso excesivo de las groserías también empobrece mucho el idioma. En Venezuela algunas son como sinónimos universales. Reemplazan cualquier otra palabra.

3. Más grave que las fallas o el mal empleo del idioma es su empobrecimiento. El olvido de la lengua, lo escaso del léxico, el poco o ningún uso de sinónimos, la falta de vínculos con el pasado de la lengua, la rutina en la construcción de las frases, a la que se deben muchas facilidades de expresión, son algunas de las notas de este empobrecimiento que muchos, sobre todo en el campo de la lingüística, no admiten: prefieren llamarlo cambio. La pregunta que cabe hacer es en qué dirección ocurre éste. No todo cambio es enriquecedor. Por ejemplo, puede haber neologismos que extravíen aún más al ser humano.
4. Por su popularidad, la telenovela es un género importante. Con calidad, sería un gran instrumento de cultura. Ocurre todo lo contrario. A más de reafirmar y expandir la pobreza de lenguaje existente, afianza ideas y prejuicios que carecen de vigencia y que una gran parte del mismo público que las ve, dejó atrás hace tiempo. En lugar de impulsarlo hacia nuevas posibilidades, lo empantana aún más. Parecen elaboradas adrede para hacer retroceder o estancar al público. En esto reside, a mi ver, su

mayor inmoralidad. Hay excepciones, desde luego, pero muy pocas, lo cual es de lamentar.

5. El libro de Antonio Pasquali, *Comunicación y cultura de masas*, reeditado en 1977 por Monte Avila —se publicó por primera vez en 1963—, trae informaciones que a pesar del tiempo transcurrido, vale la pena recordar. No creo que la situación haya variado mucho esencialmente. Algunos de los datos son escalofriantes. Por ejemplo, el Canal 2 difundía 514 mensajes publicitarios al día (3.598 por semana) y la publicidad ocupaba el 33,94% de su tiempo, y de 12 a 1 hasta el 42,05%. Estas son cifras escandalosas. Dice Pasquali: “Toda la publicidad teledifundida en Venezuela (y esto vale, pues, para cualquier emisora), obedece a las normas más primitivas del *hard-sell*, como son las de repetir un idéntico mensaje un número indefinido de veces (hasta noventa por semana durante meses), y la de anunciar en video y audio el nombre del artículo desde el primer instante del anuncio y por un número elevadísimo de veces (once para una marca de jabón). La enunciación de la marca de fábrica constituye a veces un auténtico bramido. Mientras los experimentos confirman una ley básica de la cibernética (de que la efectividad de un mensaje está en relación directa con su *imprevisibilidad*, y de que la repetición o redundancia se traduce en ineffectividad e insignificancia del mensaje mismo), los publicistas locales —aferrados a principios obsoletos y obligados por el mitridatismo que aquellos mismos instauraron— siguen confiados en el valor de la obsesión, en la demolición por cansancio de toda resistencia psíquica. Sea cual fuere su principio práctico, la audiencia siempre figura en sus cálculos como una masa idiotizada, urgida de estímulos siempre más intensos para lograr la huella deseada por el anunciante”. pp. 314-316. Se trata de una técnica fascista aplicada a la publicidad comercial.

En cuanto a la radio, oigamos de nuevo a Pasquali: “En Inglaterra no hay publicidad radial, y en Italia, un 3,5% diario. En Venezuela, las solas dieciocho emisoras caraqueñas vomitan sobre el oyente 8.586 mensajes publicitarios al día por un total de 91 h 40' (cerca del 30 por ciento de su tiempo total de emisión). Por una ley de “aceleración centrífuga”, nosotros hemos superado el propio modelo norteamericano, pues en esta periferia cultural la carga publicitaria que recibe el oyente es casi el doble de la que recibe un norteamericano”. pp. 215-216. Pasquali afirma que “la concesión de los medios radioeléctricos a la

industria privada constituye el más desastroso error político, económico y cultural que país alguno puede cometer en el campo de la información colectiva; y nos asiste al menos el hecho histórico de que *ninguno* de los países justamente orgullosos de sus buenos y excelentes servicios públicos de radiodifusión ha cometido semejante error. Los San Jorge de la libre empresa contestarán inmediatamente que hay de por medio grandes diferencias culturales; que no podemos aspirar a tener una radio como la inglesa, por nuestra ignorancia y atraso, etc. Tratarán, en una palabra, de demostrar que "tenemos la radio que nos merecemos", la radio subdesarrollada de una nación subdesarrollada. Pero la relación entre medios de comunicación y estructura sociocultural, según dijimos, es otra. Sufrimos de subdesarrollo cultural, entre otras razones, *también* porque un medio como la radio *crea y conserva* tal situación, y ello es así porque la empresa privada (que ha demostrado históricamente ser indigna de monopolizar un instrumento de comunicación tan poderoso) ha convertido su potencial progresista en regresionismo, su fuerza cultural en fuerza anticultural, su alta utilidad pública en aparato represivo y condicionador, al servicio de intereses ideológicos y mercantiles unilaterales". pp. 213-214. Pasquali dice que en todas las naciones civilizadas, salvo en Estados Unidos, los poderes públicos controlan la radiodifusión, y considera la radio latinoamericana como la peor del mundo.

Por lo que hace a la prensa, el venezolano lee poca: 66 ejemplares por mil habitantes. En Uruguay el porcentaje es de 413 por mil; en Argentina, 128; en Inglaterra, 488, en Estados Unidos, 309. En los periódicos venezolanos la propaganda ocupa tal vez el 50%o más del espacio.

6. Otto Friedrich Bollnow. *Lenguaje y educación*. Sur. Buenos Aires. 1974.
7. Pedro Salinas. *El defensor*. Alianza Editorial. Madrid, 1967. p. 312.

KARL KRAUS

Conciliación entre:

religión y el panteísmo

Sist. filos. que identifica a Dios con el universo.

Tercera: Creencia a religión yardada en la existencia de un Dios personal y providente creador y conservador del mundo.

Es imposible, y seguramente ocioso, decidir cuál de las dos crisis, si la del mundo moderno o la del lenguaje, tiene prelación. Para Karl Kraus parece ser ésta la que antecede. Digamos, para no meternos en contrapuntos infértiles, que van juntas, apoyándose, sosteniéndose, alimentándose una a otra.

En un momento difícil de su vida —¿cómo no iba a serlo si la historia lo había puesto entre Hitler y Stalin?— Kraus acudió a refugiarse donde solía, “en la casa segura del lenguaje” (ins sichere Haus der Sprache) pero “no sin señalar que hasta el lenguaje estaba enfermo y polucionado, ganado también él, para la podredumbre general”.<sup>1</sup>

Que haya sido Kraus un crítico de esta civilización y que el soporte de esa crítica fuese el lenguaje, ya se me antoja muy revelador.

¿No se refleja el descenso espiritual de nuestro mundo, su carencia de alma, en el lenguaje mismo, en el modo de usarlo?

En su libro "*Hein und die Folgen*" está la idea fundamental de Kraus "según la cual la corrupción lingüística era la causa de la degradación de los pensamientos y las conciencias, y que las personas que escribían y hablaban mal debían también pensar y actuar mal. La fraseología, según él, parecía impedirles darse cuenta de su decadencia espiritual".<sup>2</sup>

Si nos guiamos por estas palabras de Kohn no cabe duda de que en el proceso de descomposición que sufre el mundo moderno, Kraus le da la primacía a la corrupción de la lengua. Ignoro quién podrá dictar un fallo al respecto, pero la originalidad de Kraus estriba en haber optado decididamente por el aspecto que todos los pensadores y escritores han relegado, y haberlo hecho con una vehemencia que no solemos ver en la defensa de causas tan incomprensiblemente desdeñadas como ésta del lenguaje. Debo confesar de una vez que el punto de vista de Kraus ejerce una especie de fascinación sobre mí. Desde hace tiempo nació y crece en mí la sospecha de que al hablar de los problemas del mundo moderno, hemos olvidado un dato: el lenguaje, y que ese dato es más importante de lo que se ha creído, pero tal vez se trate de un dato que se oculta misteriosamente, se sustrae a las miradas más sagaces, se pierde entre el conjunto de las causas, porque seguramente para verlo se requieren ojos más naturales, aptos para percibir lo evidente, que a veces se vuelve lo menos advertible.

Al nazismo, y sirva este hecho de referencia ejemplar, Kraus lo combatió a través de la lengua alemana, penetrando en la fraseología de sus propagandistas para desenmascararla. Pero Kraus

rebasaba los linderos de esa batalla para librar, siempre desde la lengua, su lucha mayor contra esta civilización y en defensa del individuo, de la interioridad, de la belleza. Su preocupación por la lengua es inseparable de esta lucha.

Para Kraus "la civilización actual es una vasta conspiración contra todo asomo de vida interior".<sup>3</sup> Sabía temprano lo que se ha agudizado, lo que se ha extremado hasta la desesperación, hasta límites que resultan insufribles aun para personas con menor sensibilidad lingüística que Kraus.

¿Cómo realizaba su labor de desenmascaramiento? Kraus consideraba que el descuido en la escogencia de las palabras no era, en rigor, sino "la seña tangible de una mentira o una tontería oculta, la prueba de que algo estaba podrido en la base".<sup>4</sup>

¿Cuántas veces no hemos tenido igual sentir ante tantos escritos donde campea la inexactitud, tal vez el signo más revelador de embaucamiento o estulticia?

Kraus partía de la idea, para la cual aspiro una atención que nunca se le ha dado, de que "toda depravación de la palabra permite reconocer la depravación del mundo".<sup>5</sup>

Otra frase definitiva de Kraus viene aquí a punto para indicarnos las ideas de fondo que le sirven de base. "Es en sus palabras y no en sus actos donde yo he detectado el espectro de la época".<sup>6</sup> Aparte de la precisión y del carácter lapidario de la frase, lo que más llama la atención en ella es la trastocadora originalidad de darle, yendo contra la corriente, mayor peso a lo que casi nunca se toma en cuenta a la hora de hacer alguna valoración ¡Y qué lejos de la crítica académica se sitúa la de Kraus! Es la de un artis-

ta lingüísticamente hiperestésico y la de un pensador alarmado ante los horrores de nuestra época.

Con ánimo de abundar en el aspecto que más me interesa subrayar, traigo estas palabras sorprendentes de Erich Heller sobre Kraus: "El descubrió los vínculos entre un falso imperfecto de subjuntivo y una mentalidad abyecta, entre una falsa sintaxis y la estructura deficiente de una sociedad, entre la gran frase hueca y el asesinato organizado".<sup>7</sup>

En esta relación tan escandalosamente inadvertida a través de la historia vale la pena detenerse, sobre todo en nuestra época de creciente barbarización, que menosprecia aún más el problema de la lengua.

La imprecisión del vocabulario era una de las causas mayores de los males no sólo del lenguaje sino del mundo, pues, insisto, nadie como Kraus ha visto la inseparabilidad entre el universo del discurso y el humano. "Cuando las palabras se desvían de su sentido, decía él, comienza a reinar la impostura. Entonces la neurosis no está lejos. Todos dejan de creer en las palabras que emplean: el gobierno, los periódicos mienten, pero nadie es tonto y de ello resulta una descomposición de todo valor moral".<sup>8</sup>

¿A quién se le puede escapar la vigencia permanente de estas palabras? ¿No estamos hoy cerca del *newspeak*, puesto que vemos usar palabras que hace tiempo perdieron su sentido y se han vuelto engañabobos? ¿Es difícil darse cuenta de que muchas significan todo lo contrario de lo que quieren decir?

Paz suele significar guerra latente, preparación para la guerra o simplemente guerra; democracia, dominio de una minoría, a

pesar de las retóricas que encubren la carencia de democracia profunda; justicia, algo que se cumple mínimamente, dado que se torna imposible cuando entran en juego intereses poderosos; derecho, simple fórmula de invocación; patria, estribillo predilecto de quienes más la usan para medrar. La enumeración podría seguir. Oquedad, escamoteo del sentido, prestidigitación verbal inficionan la atmósfera lingüística de nuestra época.

Capítulo aparte merecerían los eufemismos destinados a no llamar las cosas por su nombre así como el lenguaje pomposo, anacrónico, grandilocuente de los discursos conmemorativos que, al parecer, ya sólo quedan como patrimonio de Latinoamérica; pero no deseo detenerme en detalles que el lector puede suplir.

En Kraus el problema del idioma tiene carácter espiritual. Su deterioro remite a otro mayor. Existe una crisis de fondo de la cual es trasunto la que vive la lengua.

Siempre se ha asociado la palabra al logos, al espíritu, y en Kraus esta asociación es evidente. Yo la veo vinculada también al alma. Kraus se sitúa en la línea del logos.

A qué extremos llevaba él su posición lo revela una anécdota. En los primeros días de la guerra ruso-japonesa, cuando Shangai fue incendiado, Kraus le dice a un amigo: "Sé que todo esto —se refería a su lucha con un problema de comas— parece absurdo, ahora cuando la casa está ardiendo. Pero en tanto sea posible, es preciso que lo haga, pues si aquellos que tenían el deber hubieran velado siempre por que todas las comas estuvieran en el buen lugar, Shangai no ardería en este momento".<sup>9</sup>

¿Exageración? Más bien una manera extremada de hacer

sentir una singular angustia. Aunque la anécdota pudiera delatar un exceso, no me escandaliza. Se trata de una hipérbole que quiere enfatizar la importancia omnipresente del lenguaje. Como siempre, cuando queremos que resalte un aspecto de la realidad, recargamos demasíadamente las tintas.

La crítica a la sociedad en Kraus no fue sólo política. Consideraba que a ésta "le incumbían problemas de superficie, en tanto que las raíces de la crisis contemporánea descansaban en una enfermedad del espíritu".<sup>10</sup> Quien se penetre de esta idea creo que puede ahondar en los problemas del mundo actual en forma nueva. Podría ver lo político ya no desde lo político, lo cual constituye una limitación, sino desde otra instancia. Sería un cambio de nivel muy trascendente.

Su actitud respecto al lenguaje se ha descrito como un "misticismo erótico" afin al hasidismo.<sup>11</sup>

Es evidente que Kraus volcó su eros en el lenguaje, —que para él se vincula con la mujer— y el lenguaje está lleno de misterio. Su origen ha derrotado las mentes más penetrantes; resulta inasible. Su arquitectura nos maravilla.

Kraus se consideraba a sí mismo, humildemente, como un simple "constructor de frases".<sup>12</sup> De ahí, tal vez, su adhesión al aforismo, forma también un tanto desdeñada por los prosistas que tienen la *parole facile*. En este modo de expresión breve, concentrada, buida, Kraus figura entre los maestros.

Recordemos otra humildad suya en medio de tanto vocerío ultramoderno:

Sólo soy uno de esos epígonos  
que viven en la vieja casa de la lengua.<sup>13</sup>

Me he detenido en Kraus porque en él se juntan dos obsesiones mías: la crítica a nuestra civilización y el culto a la lengua, así como una nota más específica: la visión de la crisis moderna a través de la decadencia del lenguaje. No conozco otro autor que haya visto esta relación ni insistido tanto en señalarla; ni que haya hecho una crítica de la sociedad a partir del lenguaje usado por ella. La crítica que Kraus hacía "a la manera en que la gente usaba el lenguaje *en* su sociedad era, pues, crítica implícita *de* esa sociedad".<sup>14</sup>

Estamos acostumbrados a deternernos en el qué; pero no en el cómo; en lo que se dice, pero no en el modo; en el sentido, pero no en la forma. A pesar de que proclamamos la indisolubilidad de ambos factores, olvidamos uno de ellos, aquel a través del cual se trasmite el significado y se trasluce mucho más aún: la textura, el trasfondo, el bagaje cultural, la intención soterrada, las carencias o abundancias del habla, todo lo que no se dice pero se revela. Porque el lenguaje quiere ocultar y siempre termina delatando lo inocultable.

Con Kraus entramos a otra dimensión del lenguaje. Una dimensión que dista tanto del censurar anacrónico cuanto del análisis lingüístico puro. Una dimensión en la que ya no interesa señalar presuntos defectos con la única mira de lograr la corrección ni escudriñar en pos de fenómenos. Kraus va más allá; lo mueve un interés más trascendente: ver el lenguaje como la zona de la existencia donde transparecen los rasgos que ésta posee, y las fallas lingüísticas como síntomas de una descomposición que a su vez, refluyendo, la acrecen.

En todo círculo vicioso es difícil distinguir el factor originante, pero ya dije que en Kraus no había duda: el desastre procede del mal uso de la lengua, por ser esta la matriz de la cultura, la armazón que nos constituye, el principio de orden que nos da forma. Conviene aclarar que mal uso no debe entenderse en este caso como simple transgresión. Se vincula más bien con falta de conciencia de la lengua.

Siempre me ha parecido un error quedarse en la simple consideración de los defectos, vicios, barbarismos que pueden aquejar una lengua. Es como si ella pudiera resquebrajarse sin afectar toda la existencia. Si hay fisuras graves en una lengua, seguramente todo lo demás falla.

Cabe aquí una advertencia. Debemos guardarnos, al señalar la importancia que tiene la lengua, de erigir en panacea su buen funcionamiento. Este no va a traer la solución de los problemas; pero creo que un individuo, una sociedad pueden pensar mejor cuando para ellos no existe la barrera de un pobre conocimiento de su lengua. Aprenderla bien sería un primer paso. Un primer paso que se prolonga, que no termina nunca y que puede convertirse en goce.

Kraus era hombre de combate. Luchó toda su vida en defensa del individuo, la cultura, la interioridad, la justicia, la veracidad y tantos otros valores que siguen hoy en peligro. Por eso conserva una vigencia que la historia se ha encargado, y parece que continuará encargándose, de preservar.

En esa lucha se valió de un instrumento que nadie antes había usado como él lo hizo: la lengua, manejándola magistralmente y desenmascarando a quienes tuvieron el poco acierto de polemizar

con él. Como este aspecto es el que siempre me ha atraído más, el que más ha coincidido con una de mis preocupaciones, me marcaba límites que no he querido traspasar. Para respetarlos tuve que resistir la tentación de adentrarme en toda su obra, lo que me habría desviado de mi propósito, que es el de dar una voz de alarma; pero de todas maneras, estas páginas tienen también espíritu de homenaje.

---

*Karl Kraus (1874-1936) Nació en Gitschin, que hoy pertenece a Checoslovaquia, pero es un escritor austriaco, y para ser más preciso: se sitúa dentro de la gran cultura vienesa de comienzos de este siglo. Era judío, luego se hizo católico y posteriormente abandonó esta religión, sin adherirse a ninguna otra. Fundó una revista que pronto se hizo célebre: Die Fackel. Como escritor su arma principal era la sátira. Combatió a la social-democracia austriaca, la guerra y el nazismo. Los escritos que publicó en su revista forman hoy sus libros. Entre ellos cabe mencionar: La tercera noche de Walpurgis, La lengua, y Sobre la palabra. También escribió poesía (Palabras en versos) y un extenso drama (Los últimos días de la humanidad). Fue traductor y leía magistralmente, para el público, textos de otros autores o suyos. Elías Canetti se refiere a él en La antorcha al oído y le dedica dos capítulos en La conciencia de las palabras. En uno de ellos dice: "el verdadero Karl Kraus, el Kraus que nos sacudía, atormentaba y aniquilaba, el Kraus que se nos metía en la carne y en la sangre, que nos conmovía y agitaba a un grado tal que luego necesitábamos años para reunir fuerzas y hacerle frente, era el Kraus orador. En los años que tengo de vida no he conocido un orador igual a él en ninguno de los ámbitos lingüísticos europeos que me son familiares".*

## NOTAS

1. C Kohn. Karl Kraus-Didier. Paris. 1962. p. 71. non sans remarquer que même le langage était malade et pollué, gagné, lui aussi, par la pourriture generale.

A propósito de la lengua como refugio, cabe citar aquí un poema de Iván Turgéniev, "El idioma ruso".

"En los días de incertidumbre, en las horas negras y de augurios sombríos sobre el porvenir de la patria, sólo en ti encuentro apoyo y sostén, ¡oh majestuosa, incorruptible y libérrima lengua rusa!

Si no fuera por ti, ¿cómo no abandonarse a la desesperación, en presencia de lo que nos ocurre? ¡No, no es posible creer que tal idioma no le haya sido dado a un gran pueblo!

(De *Senilia*. Zig-zag. 1944)

2. Op. Cit. pp. 129-130 selon laquelle la corruption linguistique était la cause secrète de la dégration des pensées et des consciences, et que les gens que écrivaient et parlaient mal, devait finalement penser mal et agir mal. La phraséologie semblait, selon lui, les empêcher de s'apercevoir de leur dechéance spirituelle.
3. Ibid. p. 285. la civilization actuelle est une vaste conspiration contre toute espèce de vie interieure.
4. Ibid. p. 306. n'était pas en realité que le signe tangible d'un mensonge ou d'une sotisse cachée, la preuve que quelque chose était corrompu a la base.
5. Ibid. p. 309. toute dépravation du mot permet de reconnaître la dépravation du monde.
6. Ibid. p. 325. C'est dans ses paroles et non dans ses actes, que j'ai décelé l'espectre de l'époque.
7. Ibid. p. 311. Il a deconvert les liens entre un faux imparfait du subjonctif et une mentalité abjecte, entre une fausse syntaxe et la struc-

ture déficiente d'une société, entre la grande phrase creuse et le meurtre organisé.

8. Ibid. p. 307. Quand les mots sont détournés de leur sens propre, disait —il, l'imposture commence a regner. La névrose alors n'est pas loin. Nul ne croit plus aux mots qu'il emploie: le gouvernement, les jorneaux mentent, mais personne n'est dupe et il en resulte une decomposition de toute valeur morale.
9. Ibid. p. 309. "Je sais, tout cela parait absurde, à présent que la maison est en feu! mais aussi longtemps que cela restera possible de quelque manière, il faut que je le fasse, car si ceux qui en ont le devoir avait toujours veillé à ce que toutes les virgules soient à la bonne place, Shanghai ne brûlerait peut-être pas en ce moment.
10. Janik y Toulmin. *La Viena de Wittgenstein*. Edit. Taurus. pp. 86-87.
11. Ibid. p. 112.
12. Rafael Gutierrez Girardot. *En torno a la literatura alemana actual*. Cuadernos Taurus. p. 39.
13. Ich bin nur einer von den Epigonen  
die in dem alten Haus der Sprache Wohnen.  
  
Citado por Walter Muschg en la *Literatura expresionista alemana, de Trakl a Brecht*, Editorial Seix Barral, S.A. Barcelona. 1972. p. 175.
14. Janik y Toulmin. Op. cit. p. 112.

UN ABOGADO DE BUENAS CAUSAS

Aquel caballero de las letras que se llamó Pedro Salinas, también nos dejó páginas atribuladas sobre la urgencia de proteger la lengua: son las de su más hermosa *defensa*.

Salinas percibía el peligro, la veía amenazada por muchos lados, la sentía zozobrar en medio de la mayor indiferencia.

Corría la misma suerte de las otras causas que claman por la salvación, los otros regalos de la cultura que necesitan nuestro auxilio, que deben guardarse de las asechanzas modernas.

Con brío hidalgo, con paciencia de amante, con finura extrema va enhebrando razones, como buen defensor.

Su prosa es ella misma dechado de lo que propone.

Tanto peligran hoy los tesoros —algunos ya han sido irrepara-

blemente vulnerados— que se necesitan defensores capaces de afrontar las agresiones, la socavación subrepticia o desembozada, la acelerada corrosión, la plaga que los va minando. Hombres como Salinas son los que pide a voces esta época insubstancial. A ellos los aguarda la empresa enorme, desoída y sola de reparar las brechas infligidas a la cultura, curarla, restablecerla, alimentarla, pues es a ella que el mundo actual ha dado la espalda; y recordemos, para seguir nuestro hilo, que en la base de la cultura está la lengua.

No creo exagerar. Seamos sinceros: a este mundo sólo le preocupan los llamados problemas prácticos. ¡Como si fuera posible separarlos de los “otros”, de los que presuntamente no lo son! Se estanca o retrocede en lo humano al par que progresa materialmente, atosigado por toda clase de desmesuras, por el morbo del egocentrismo, por el frenesí nacionalista, otra forma del mismo morbo, que es inseparable de la guerra; por el afán de lucro, constitutivamente insaciable; por la hipertrofia de la política, que se enseñoorea de todos los escenarios, enmaraña todas las actividades, e impide la visión directa de los problemas; por la amenaza ecológica, la amenaza atómica, la amenaza del crecimiento de la población.

¿Qué puede significar la cultura vista contra este trasfondo?

Se tiene por adorno o por deber con el que es de rigor cumplir o, en el mejor de los casos, por actividad complementaria, y aquí estriba la tragedia. Todo se ha puesto al revés. Lo esencial ha pasado a un último plano. Lo que es medio se ha convertido en fin. Tal trastrueque lo ha confundido todo y está en el fondo de la precaria situación humana, del difícil paso en que nos encontramos.

Uno de mis desasosiegos, el que está centrado en la lengua, encuentra, pues, voz en Salinas así como en Nietzsche, a quien luego me referiré, y en Kraus.

También Salinas siente, al hablar de la lengua, que el problema no es lingüístico. La quiebra del lenguaje rebasa su propio campo, y es este aspecto el que me interesa recalcar a fin de sacar el tema de sus límites acostumbrados, con ánimo de que se le dé la atención que pide, por ser asunto vitalísimo para la sociedad, puesto que tiene que ver con el vivir. ¿Para qué todo lo que abarca el rótulo de progreso, si al encontrarnos con nuestros prójimos no podemos hablar, por indigencia lingüística? ¿Puede el dinero cubrir fallas de esta índole? ¿Sabe cuán ridículo luce el que atropella el idioma?

Como Kraus, Salinas vio uno de los peligros que se ciernen sobre los seres humanos por esta deficiencia: “Acaso sienten hoy muchos hombres que se les ha empujado al margen del derrumbadero en que hoy está el mundo por el uso vicioso de las palabras, por las falacias deliberadas de políticos que envolvían designios viles en palabras nobles... Ojalá sea cierto que las gentes han descubierto ya, ¡y a qué costo!, que con las palabras oídas sin discernimiento, comprendidas a medias, vistas solo por un lado, se les atrae a la muerte, como atrae al pájaro, por el diestro manejo del espejuelo, el cazador”.<sup>1</sup>

¿No estamos presenciando constantemente todavía los estragos de tantos totalitarismos, de tantas democracias de papel, de tantos sistemas que profanan el lenguaje acomodándolo para embaucar? La estafa verbal es un rasgo de nuestra época. En muchos políticos el lenguaje hasta se autonomiza, funciona sin cone-

ción vital con el hablante, como si a éste lo usara un idiolecto estereotipado.

Salinas no se cansa de encarecer la importancia de la lengua. Ella es el tesoro misterioso en el que si las manos se hunden no salen sin premio. Por eso nos invita a un trato "atento, delicado y sin prisa con las aguas hondas"<sup>2</sup> de nuestra lengua materna.

Más adelante compara el mecanismo del lenguaje con el de un piano: "Permítanme ustedes que me sirva de esta imagen para insistir en la importancia incalculable de conocer el propio lenguaje. ¿Qué haría frente al teclado de un piano una persona que conociese sólo los rudimientos de la música? Sacarle algunos sonidos mecánicamente, sin personalizarse en ello, la tocata de todos; en cambio, el buen conocedor de las teclas, de sus recursos inagotables, las hará cantar músicas nuevas, con acento propio. Así el hombre frente al lenguaje: todos lo usamos, si, todos tenemos un cierto saber de este prodigioso teclado verbal. Pero sentiremos mejor lo que sentimos, pensaremos mejor lo que pensamos cuanto más profunda y delicadamente conozcamos sus fuerzas, sus primores, sus infinitas aptitudes para expresarnos. La idea esencial, para lo que solicito la atención de ustedes con todas las palabras anteriores, la formuló ya el filólogo alemán Von der Gabelentz de este modo: "La lengua no sirve solamente al hombre para expresar alguna cosa sino también para expresarse a sí mismo".<sup>3</sup>

De ahí que todo ser humano para ser completo, para conocerse y darse a conocer, debe poseer su lengua. Hablar y comprender se hermanan. Ahondando más, Salinas señala el papel del lenguaje en modelarnos, en formarnos, lo cual nos dice "la enorme responsabilidad de una sociedad humana que deja al individuo en estado de incultura lingüística".<sup>4</sup>

Aquí Salinas, se torna acusador. El Estado, la sociedad no han visto la gravedad del problema, ¿O no han querido verla, sabedores de que un pueblo en posesión de su lengua es menos fácil de manipular? Es posible que fuerzas diabólicas operen en esa dirección, soterradamente, substraídas a la conciencia.

Conforme a lo que expresa Salinas, podría hablarse de un derecho que no figura en ninguna ley, el derecho al lenguaje, el derecho de cada hombre a recibirlo de la sociedad, y no como gracia; ella *debe* garantizarlo a sabiendas de que así también se afianza como tal. Habría pues que incluirlo en el ya bastante extenso catálogo de los derechos negados, aunque toda una retórica sobre la cultura nos hiera los oídos. Si bien descreo que haya mentes dedicadas a escamotear deliberadamente ese derecho, pues tendrían que ser tortuosas en demasía, siento que en el mundo trabajan corrientes muy oscuras que minan los cimientos sobre los cuales se ha construido la cultura a través de los siglos.

Salinas deja vibrando en el aire su dardo y vuelve al enfoque individual: "¿No nos causa pena, a veces, oír hablar a alguien que pugna, en vano, por dar con las palabras, que al querer explicarse, es decir, expresarse, vivirse, ante nosotros, avanza a trompicones, dándose golpazos, de impropiedad en impropiedad, y sólo entrega al final una deforme semejanza de lo que hubiera querido decirnos? Esa persona sufre como una rebaja de su dignidad humana. No nos hiere su deficiencia por vanas razones de bien hablar, por ausencia de formas bellas, por torpeza técnica, no. Nos duele mucho más adentro, nos duele en lo humano; porque ese hombre denota con sus tanteos, sus empujones a ciegas por las nieblas de su oscura conciencia de la lengua, que no llega a ser completamente, que no sabemos nosotros encontrarlo. Hay muchos, muchí-

simos inválidos del habla, hay muchos cojos, mancos, tullidos de la expresión".<sup>5</sup>

Con la decadencia de la lengua, al decir de Salinas, viene la decadencia espiritual de un pueblo, pues sólo mediante la lengua cobra vida, se trasfunde a él su historia, su tradición, su destino.

Pienso en Venezuela. ¿No está por el suelo nuestra lengua? ¿Conserva sus raíces nuestro pueblo? ¿No está roto? ¿Qué le queda? Le han arrebatado mucho de lo que tenía. Flota en ciudades que van perdiendo su faz, desconectado, sin rumbo, lejos de sus veneros.

Uno de mis temores es que la lengua escrita y la lengua hablada, que han de mantenerse próximas, puedan ir distanciándose hasta llegar a la separación, fenómeno que ha ocurrido en ciertas culturas. Cavafy, por ejemplo, tuvo que decidir cuál de los griegos iba a utilizar. Tal vez esté adelantándose, pero el hecho de que lo haga expresa mi inquietud.

¿Es posible actuar en el campo del lenguaje, influir en su marcha, intervenir?

Para Salinas el poeta sería el que usa el lenguaje" en su máxima altura y para un fin de mayor alcance",<sup>6</sup> pero él entiende por poeta, al autor de obras en prosa o verso siempre que denoten fuerza creadora de orden superior. Como los alemanes, no distingue entre ambas formas, lo cual es honroso para él. Siendo un poeta se quita su investidura —legada sobre todo por la tradición romántica— para hermanarse con el prosista. Los usos, "todos y nadie", como dice Ortega, crean la lengua, pero el poeta la levanta, la hace expresar lo que ella puede y se la devuelve a quienes la han hecho,

limpia, salvada, perdurable; lo cual nos está diciendo que es posible actuar sobre ella.

Esta posibilidad derriba la objeción usual de que nada se puede hacer, ya que las lenguas siguen un curso independiente de los hombres; creencia, por lo demás, muy debatible. Según Amado Alonso, los hablantes pueden intervenir en el destino de una lengua. "Una lengua ha sido lo que sus hablantes hicieron de ella, es lo que están haciendo, será lo que hagan de ella".<sup>7</sup>

Sin embargo, se es poco consciente al respecto. Aun los que la usan bien no saben cómo ser activos en este terreno, cómo preservar lo mejor que yace en los depósitos de la lengua, cómo unir la tradición a lo moderno, cómo movilizar lo que no está muerto sino abandonado, cómo animar lo inerte con el soplo de nuestro hoy. Pues creo que es posible recuperar gran parte del legado, poniendo en circulación cuanto sea rescatable de lo que la incultura ha ido condenando al desuso.

El otro movimiento, el de incorporar las de reciente acuñación, no necesita valedores. Aquí sólo el buen gusto puede servir de guía.

¿Será menester aclarar que no se trata de volvernos arcaicos, seguir a los clásicos en lo irrescatable, detener lo necesario?

¡Qué alivio y qué peso sentimos ante las palabras de Amado Alonso! Casi nos gritan que podemos influir no sólo para mal, y al mismo tiempo nos señalan una tarea enorme, exonerándonos de una penosa sensación, la de que el ir contra la corriente es perder el tiempo.

Tras los pasos de Amado Alonso, Salinas se pregunta si el

hombre y la sociedad no tienen deberes imperativos con su idioma, si es lícito que un país sea indiferente ante su habla, si hemos de abstenernos de actuar. Su respuesta es terminante: "no es permisible a una comunidad civilizada dejar su lengua desarbolada, al garete; sin velas, sin capitanes, sin rumbo"<sup>8</sup>

¿Cómo intervenir? Ya no puede ser como en la época en que las academias se encargaban de legislar autoritariamente sobre el uso de la lengua. Hay que buscar nuevas formas. Salinas excluye todo lo que implique coacción. "El impulso al bien hablar es menester que brote de la convicción de la persona misma, de la sin par importancia que para su vida total tiene el buen estado del idioma"<sup>9</sup>.

Esto nos lleva derechamente a donde siempre vamos a dar, sea cual sea el asunto que consideremos: al problema agudísimo de la educación, cuyo centro debe ser la lengua.

Muy lejos estamos de esta exigencia. No sólo no la entendemos: entre nosotros está relegada, no se enseña realmente y parecería que la asignatura se mantuviera sólo por cumplir. Es tan inútil, por el modo ineficaz de darla, como la "enseñanza" del inglés.

Para Salinas la enseñanza de la lengua deberá fundamentarse en procurar que el hombre la viva de modo consciente, descubriéndole sus significaciones. Es preciso "despertarle la sensibilidad para su idioma, abrirle los ojos a las potencialidades que lleva dentro, persuadiéndole, por el estudio ejemplar, de que será más hombre y mejor hombre si usa con mayor exactitud y finura ese prodigioso instrumento de expresar su ser y convivir con sus prójimos"<sup>10</sup>.

Es un asunto pues de conciencia, sensibilidad, estudio. Creo que estas palabras compendian bien la tarea. Nos señalan también su altura.

¿Quién hará todo esto? es la pregunta que brota seguidamente. La escuela, el liceo, la universidad, el periódico, la literatura, la radio, la televisión, estoy tentado de responder. Pero seamos realistas. Las escuelas, liceos y universidades hace tiempo dejaron de considerar la lengua asunto primordial. El periódico suele estar lleno de errores, si bien su nivel es superior al de la lengua hablada, y los artículos llamados de opinión, que por lo general están mejor escritos, solamente los lee un porcentaje mínimo de la población. El libro de valor literario llega a un círculo todavía menor. Sólo quedan la radio y la televisión, medios de cultura oral que penetran inevitablemente hasta en los últimos rincones, horadando todas las murallas y que serían los únicos capaces de iniciar una labor recuperadora del lenguaje, para lo cual necesitarían un personal muy idóneo. ¿Podrán realizarla algún día o son incompatibles espiritualmente con la tarea? Creo que técnicamente ambos medios son aptos. Si no, habría que dejarla en manos de los solitarios señores que custodian la república de las letras, vale decir, limitarla, pues el alcance que ellos tienen es sólo a largo plazo.

Antes de seguir adelante quisiera hacer una aclaración. Mi experiencia al frente de cursos de literatura me dice que cuando toco el tema de la lengua, surge un malentendido. No faltan estudiantes que confundan mi posición. Piensan que abogo por lo que ellos creen que significa hablar bien y no con lo que tengo en mente: algo que pudiera expresarse como conciencia de la lengua, sensibilidad ante la lengua, estudio amoroso de la lengua. Se suele hacer patente entonces una reacción, un malestar, una incomodidad.

Los estudiantes se sienten aludidos. Se ponen en guardia. No quieren que se toque ese punto; no resulta grato, no es popular.

Tengo la impresión de que entre nosotros se tiende a simpatizar demagógicamente, por ignorancia o bajo el efecto de un chantaje difuso que está en el aire, con esta indigencia de nuestro pueblo por el hecho de venir de él, como si sólo eso bastase para aceptarla. Un pueblo al que, para colmo, no se le ha dado lo que le corresponde legítimamente: el idioma; algo más importante que la casa, pues es nuestra casa interior. Un pueblo en el que todavía existe un subido analfabetismo, sin contar el de los que han aprendido a leer y no leen, y el más grave, por ser menos reconocible y reconocido, de los que han pasado por la escuela, el liceo y la universidad y nunca han aprendido a leer.

O bien se tiende igualmente a simpatizar, sin alarma, con la jerigonza de los jóvenes que por carecer de lenguaje, tienen que fabricar un deplorable sustituto que delata otra ruina.

Un culto falso, complaciente y destructivo al pueblo y a los jóvenes disculpa, cohonesta o sobredora sus fallas, afirmándolas, cuando lo curativo es señalárselas sin miramientos. La costumbre, que se acentúa en época de elecciones, consiste en prodigarles lisonjas. Manera muy eficaz de mantenerlos en estado de estancamiento.

Quisiera aclarar de una vez por todas qué entiendo por bien hablar. El sentido de esta expresión se sitúa absolutamente fuera del terreno del purismo, la pedantería, el engolamiento, la afectación o el adorno. Al contrario, la sencillez constituye uno de sus rasgos, tal vez el principal. La muy conocida admonición de maese Pedro podría servirle de lema: "Llaneza muchacho, no te encum-

bres, que toda afectación es mala". Lo esencial es tener el sentido de la lengua, tener conciencia de lo que se dice, emplear con propiedad las palabras, cualidades que muchas veces he visto más presentes en personas analfabetas o iletradas que en otras de nivel social presuntamente mayor, lo que apunta hacia una relación muy importante: la del lenguaje con la personalidad.

Estas notas conformarían para mí lo medular. Después podemos, si lo deseamos, transgredir a sabiendas las normas del juego. Aquí también podría regir, adaptándola al caso, la frase de San Agustín: Ama tu lengua y después haz lo que quieras.

Salinas añade luego a sus defensas, de paso, la del conversar, cuya decadencia es imputable a las mismas desgracias que, según él, han reemplazado a las gracias: la prisa, el éxito, la eficacia. En un mundo presidido por tales deidades, ¿cómo podría brotar esa flor del ocio, ese "manjar del alma", como la llama Gracián? También la carta y la lectura naufragan destruidas por el practicismo que hoy por hoy aridece al mundo.

El lenguaje va quedando reducido actualmente a una de sus funciones, a la más rudimentaria, la instrumental para el intercambio más ligero. La expresiva, vale decir, la que tiene que ver precisamente con el alma, sufre, por desuso, una atrofia alarmante. ¿Cómo se puede conversar si el idioma padece una merma de su dimensión anímica?

Las fuerzas que se han alzado contra el hombre y que están fuera y dentro de él, son las mismas que atentan contra el lenguaje. Recordemos que su derrumbe arrastraría "el alma humana, libre, espontánea, dejando salir a flote un coro de reacciones mecánicas regimentadas, de muñecos vacíos, ya felices, porque como no

tienen nada que decir, no hay por qué molestarse con las complicaciones del decir".<sup>11</sup>

Salinas vuelve a insistir en la inusitada afirmación de que los países "o tienen ya una política del lenguaje, llámela como la llamen, o necesitan con suma urgencia adoptar una".<sup>12</sup> Dado que el nuestro no tiene ninguna, a no ser la de permitirlo todo, pero algún día habrá de prestarle suma atención si no quiere perecer culturalmente, ¿cómo entonces poner por obra esta tarea de salvación perentoria, ineludible, enorme? En el mismo Salinas está un punto de partida: "No busca esa política formar hablistas correctos, conversadores ingeniosos, escritores certeros, no. Su meta es moldear conciencias humanas capaces de dar el máximo rendimiento de su potencia espiritual a la sociedad en que viven".<sup>13</sup> Esta política tiene carácter liberador; desunce, al hombre de una grave sujeción que el propio Estado suele pasar por alto, "la de su alma trabada en las torpezas de un idioma mal conocido"<sup>14</sup> haciéndose así doblemente acusable. Ya dijimos que no se preocupa por hacer efectivo el derecho de todos los hombres a su lengua ni por contrarrestar eficazmente la inopia lingüística hasta hacerla desaparecer en la medida que sea posible.

En otras palabras, esa política trataría de dotar de conciencia —yo no emplearía la palabra moldear— a través del lenguaje. Porque creo que conciencia del lenguaje es ya en gran medida conciencia, y se me antoja que si esta idea no está implícita en Salinas, tiene afinidad con su pensamiento. Pero ¿qué podría hacerse en esta dirección?

Sólo veo un camino: la lectura. La lectura hecha con atención hacia la manera de expresarse de los buenos autores. Pasar de lo que se dice a la manera de decirlo, deteniéndose ahí, constituye

un movimiento decisivo, un cambio que descubre un continente: el continente, la forma; abre el camino de la apreciación propiamente literaria y hace nacer el regusto del lenguaje, un placer que nos acompañará durante toda nuestra vida. El *cómo* es importante; el *cómo* es la literatura.

Sin este pequeño paso, pequeño pero crucial, no brotará el goce de las letras. Faltará el sentido de lo literario. ¿No es eso lo que se echa de menos en los lectores de revistas, noveluchas de violencia, "best sellers", esos alfabetizados en cuyas manos nadie colocó nunca un buen libro o en cuyas manos nunca se sostuvo? Forman la legión de los consumidores de "literatura" fabricada en serie, legión tan numerosa que torna inútil todo intento de contrarrestar el turbión de la industria que les suministra su alimento. ¿Quién ha abonado el terreno para que prenda esta perdición? ¿Será en parte una fatalidad dictada por la naturaleza? ¿Existen seres impermeables a la cultura, el buen gusto, a la calidad en arte? Parece que ha sido así a lo largo de la historia, pero el signo de nuestra época es la multiplicación. Ya ni sabemos precisar cuáles, entre los bienes y los males, se acrecientan en mayor medida. Así, de libros absolutamente insignificantes se tiran millones de ejemplares para satisfacer no sé qué necesidad humana, que la propaganda contribuye a fomentar, los cuales van a parar a los ojos incautos de pseudolectores, de seres ingenuos que seguramente estarán condenados durante toda su vida a leer esa clase de publicaciones creyendo que leen literatura. Se habrán privado de la experiencia de saborear un buen libro. Ignoraron siempre que no todos los que presentan la apariencia de libro lo son.

Lo lastimoso es que tal vez muchos de ellos se acercaron al fraude con el respeto que impone la letra impresa. La reverencia

frente al libro, presente en los hombres, no se quebranta frente al que no lo es. El disfraz encubre la estafa. Sus víctimas han vivido sin el disfrute de la literatura porque nunca descubrieron el de la lengua, nunca volvieron los ojos hacia la palabra, nunca aprendieron a distinguir una frase bien dicha de otra chapucera. Cabe aquí anotar uno de mis desconciertos a propósito de lo poco que se lee. ¿No se les ocurre a los que hablan sobre el usado tópico, que no puede haber gusto por la lectura sin sentido del lenguaje? Este, en mi sentir, es previo, aunque luego se afine a través de la lectura. Pero tampoco puede surgir en el aire —salvo en sociedades donde el aire lingüístico sea de singular riqueza—; necesita apoyarse en la literatura, que es lenguaje en mayor grado. Tendrían, pues, que ir a compás la actividad que tiende a despertar ese sentido, y sirviéndole de soporte, nutriéndolo, la literatura, en amorosa convivencia. Todo lo cual nos lleva al terreno de la educación y la reeducación.

## NOTAS

1. Pedro Salinas. Op. cit. p. 285.
2. Ibid. p. 287. Para Pound la literatura tiene la función de mantener en buen estado el lenguaje, pues "el individuo no puede pensar y comunicar su pensamiento, el gobernante y el legislador no pueden actuar eficazmente o formular sus leyes, sin palabras, y la solidez y validez de esas palabras está al cuidado de los condenados y despreciados *litterati*". *El arte de la poesía*. Editorial Joaquín Mortiz. México, 1970. pp. 34-35. Y Eliot dice que "el poeta como poeta tiene sólo indirectamente una obligación frente a su pueblo; su obligación directa es con su *lengua*; conservarla primero, y ampliarla y perfeccionarla en segundo término". *Sobre la poesía y los poetas*. Sur Buenos Aires, 1959. p. 13. También Herman Hesse, en el cuento "Trágico" de su libro *Ensueños* nos dejó un testimonio de su angustia ante el deterioro del idioma alemán. El protagonista es un modesto cajista al que los errores que ve en el periódico donde trabaja llevan a la desesperación.
3. Ibid. p. 290.
4. Ibid. p. 291.
5. Ibid. p. 291. Hay "fallas" de otro orden, como el balbuceo causado por una emoción, el cual ya pertenece al reino de la psique. Por lo general es así como esta se expresa en ciertos momentos, que suelen ser muy reveladores. Aquí se trata de algo distinto a la deficiencia que señala Salinas.

Cito a continuación algunos pasajes de "Sabor y saber de la lengua", hermoso ensayo, aún sin publicar, de María Fernanda Palacios. "Cuando la palabra se quiebra, se interrumpe, se trastorna, aparece el alma. Como en los aforismos, que huyen del pensamiento discursivo y conceptual, para instaurar la emoción en el pensamiento, el sentir, en lugar de la eficacia expresiva... Ya en *El grado cero de la escritura*, Barthes habló de cómo "la unidad de la lengua está sin cesar fascinada por zonas de infra o ultralenguaje". Aludiendo así, oscuramente, a esa zona a la que después dedicó sus últimos trabajos. Esa zona es la parte impensable del pensamiento ya que carece de un garante imaginario que la maneje (un personaje o personalidad, un amo que pretenda dominarla o inter-

pretarla). Por el contrario, en esa zona la palabra que se anuncia es la del actor que somos, allí hablan las máscaras, mejor dicho, habla la profundidad de la máscara, eso que no tiene dueño ni "mango" por donde agarrarlo. El ingenio de la lengua y no su juicio; el "nonsense", el entrelíneas y el entredientes de toda comunicación (tachaduras, omisiones, tartamudeos, enmiendas, estornudos). Todo cuanto en la lengua "hace figura" más allá de los límites razonables, racionales y necesarios de la comunicación... Es decir, todo lo que da gusto y sustancia a una conversación, todo lo que da sabor y saber a una escritura y a una amistad, todo lo que da trabajo a un psicoanalista. El cuerpo de la lengua sería esta sustancia equívoca, resbalosa que los lenguajes con pretensiones de eficacia y univocidad censuran, desechan o reprimen y que por el contrario, la literatura acoge, cultiva y reconoce".

6. Ibid. p. 300.
7. Ibid. p. 308.
8. Ibid. pp. 308-309.
9. Ibid. p. 303.
10. Ibid. p. 313.
11. Ibid. p. 326.
12. Ibid. p. 326.
13. Ibid. p. 327.
14. Ibid. p. 327.

## LA GRAMATICA CONTRA LA LENGUA

Voy a permitirme una afirmación que, al pronto, puede parecer excesiva: en Venezuela nunca se ha enseñado castellano.

Lo que se ha hecho es majar la cabeza de los estudiantes con el estudio que más aleja del idioma y con mucha frecuencia lo torna aborrecible: el estudio de la gramática.

Esta ha sido una perniciosa confusión.

De lo que se trataba, y así lo indica el nombre de la materia, era de enseñar castellano, pero se tomó el rábano por las hojas.

El absurdo trastrueque ha dado lugar al más deplorable capítulo de nuestra educación.

Hace casi veinte años, Angel Rosenblat llamaba la atención

sobre este problema en *La educación en Venezuela - Voz de alerta*, libro apremiante que si hubiera sido tomado en cuenta, nos habría puesto en camino de afrontar muchas fallas de nuestra educación que, al contrario, han ido acentuándose sin que hasta ahora se haya intentado seriamente corregirlas. Ignoro qué suerte *real* ha corrido entre los lectores este libro de Rosenblat. Me refiero al destino silencioso de las obras. En todo caso, la situación con respecto a la lengua ha empeorado.

En el ensayo, más que artículo, "La gramática y el idioma", del libro mencionado, dice Rosenblat: "¿No es inquietante y extraño que siendo la lengua el más portentoso de los dones humanos, su enseñanza en escuelas y colegios, se haya convertido en la más ingrata y fastidiosa de las asignaturas? Habría que analizar a qué se debe un hecho tan sorprendente y doloroso.

Se debe creo yo a una aberración. Los maestros y profesores han sustituido el aprendizaje y perfeccionamiento de su lengua por el aprendizaje de la gramática. Digámoslo más crudamente aún: en lugar de la lengua, imponen a los alumnos un manualito de gramática, lleno de definiciones absurdas, o por lo menos muy discutibles"<sup>1</sup>.

El ensayo aclara, creo que de manera definitiva, la confusión. La gramática no es la vía para aprender la propia lengua. Ni tampoco, a mi ver, cualquier otra. Rosenblat escoge bien sus testigos. Trae en su apoyo declaraciones de Unamuno, Américo Castro, Rodolfo Lenz, Jacob Grimm, Goethe, Buffon, Pierre, Loti, Renán, France, Gorki, Valle Inclán, Croce, Ortega, Azorin y otros. Todos descalifican la gramática, ya como medio de aprender el idioma materno, ya como materia útil para el escritor.<sup>2</sup>

Lo que dice Rosenblat, y otros antes y después de él, no creo que lo ignoren muchos maestros y profesores, pero continúan haciendo lo de siempre, martillándoles a los estudiantes una gramática que ni siquiera es parda. ¿A qué atribuir esta obstinación? ¿Estupidez? ¿Fuerza terrible de la inercia? ¿Rigidez esclerótica del sistema educativo que no permite variaciones individuales? ¿Resignación a una rutina a sabiendas de que constituye una pérdida de tiempo? Sea cual sea la causa, son poco disculpables. Habría que hacerles ver que su tarea es enseñar un idioma, el que ya hablamos, pero que cada día se nos vuelve más extranjero, que deben prescindir de la gramática, aunque podrán usar algunas nociones básicas, y que para enseñarlo tienen antes que conocerlo, es decir, hablar y escribir bien. Aquí comienza la dificultad que el Estado no ha tomado nunca en consideración, pues asunto de Estado es la lengua. ¿Conocen bien el castellano los maestros y profesores encargados de su enseñanza?

La tarea es capital. Ya Nietzsche encarecía, con su vehemencia característica, la importancia de la lengua: "Hoy todos hablan y escriben naturalmente la lengua alemana con la ineptitud y la vulgaridad propias de una época que aprende el alemán en los periódicos. Por eso el adolescente que está creciendo y está dotado más generosamente, habría que colocarlo por la fuerza bajo la campana de vidrio del buen gusto y de una rígida disciplina lingüística: si eso no es posible, prefiero entonces volver en seguida a hablar en latín, ya que me avergüenzo de una lengua tan desfigurada y deformada.

Una escuela mejor no podrá tener otro objetivo a ese respecto que el de llevar al camino recto, con autoridad y rigor digno, a los jóvenes lingüísticamente corrompidos y exhortarles así: "Tomad

en serio nuestra lengua! Quien no consiga sentir un deber sagrado en ese sentido no posee ni siquiera el germen del que pueda surgir una cultura superior".<sup>3</sup>

Nietzsche lanza innumerables saetas contra el periodismo. Es su costumbre; pero hoy me parece necesario atemperar sus afirmaciones. Hasta habría que responder, con pena, a su clamor, el clamor de la gran cultura, recordando que el lenguaje del periodismo, a pesar de sus defectos, es en general más rico que el usado por el hombre corriente. Ante el empobrecimiento general, lo que Nietzsche estigmatiza ya no es tan pobre, ocupa como un lugar medio entre la alta cultura y el nivel general. Es en este último donde deben estar sonando todas las alarmas que no se oyen, las alarmas que anuncian el hundimiento.

Me ha llamado mucho la atención la importancia que le otorga al bachillerato. Lo considera el eje de toda la educación, y por eso fustiga al de su época, ¡al bachillerato alemán del siglo XIX! por no estar a la altura que una verdadera formación exigiría. La conclusión a que llega Nietzsche no puede ser más oportuna ni valedera ni dramática para nuestro ámbito: "el bachillerato ha desatendido hasta ahora el objeto primordial e inmediato, de que arranca la cultura auténtica, es decir, ha desatendido la lengua materna: le falta así el terreno natural y fecundo en el que pueden apoyarse todos los esfuerzos culturales posteriores."<sup>4</sup> Aquí Nietzsche viene en apoyo de una idea que ha ido afirmándose en mí, la de que no es la lengua una materia *más* que deba estudiarse como cualquier otra, sino la materia de las materias, el instrumento que permite todos los demás estudios, la base del edificio, o mejor, del templo, y merece una consideración diferente, pero teniendo un cuidado sobre el que Bollnow nos avisa: una "educación idiomática demasiado consciente" tiene un peligro, el de dirigirse con

exclusividad "a la belleza y elegancia del lenguaje", lo que puede conducir al "riesgo típico de la retórica, del habla afectada, del placer inspirado por la palabra sonora y bien formada que se desliza sobre las cosas, más aún, que se aparta de su objetivo propiamente dicho en aras del placer brindado por una bella formulación. He aquí el curioso peligro que implica todo cultivo en exceso consciente del lenguaje. El lenguaje se convierte en objetivo de sí mismo". Bollnow considera perjudicial ese cultivo de la lengua pues lleva a "la vacuidad del palabrerío". El objetivo es lograr no "la expresión *bella*, sino la exacta y acertada".<sup>5</sup> Lo que Bollnow procura es prevenirnos contra el narcisismo de la lengua, contra la lengua convertida en fin de sí misma. Pero estamos muy lejos de ese peligro: solo acecha a culturas de buena formación lingüística. En Venezuela tenemos que empezar por el primer peldaño: por mejorar nuestra propia lengua. ¿Y cuál es la vía natural para su enseñanza? Pues la lectura. No nos andemos más por las ramas. No sólo es la vía natural sino la única. En ese punto no existe duda entre los que se han ocupado del asunto.<sup>6</sup>

Lectura, pues, lectura constante, lectura atenta al lenguaje, lo cual supone que el maestro o el profesor sean lectores, y aquí comienza otro escollo. ¿Cuántos lo son en verdad? Tendrían que gustar de los buenos escritores para poder contagiar a los estudiantes, pero esto nos conduce a otro aspecto del problema: la enseñanza de los que van a enseñar, el educar al educador.

Con respecto a la lectura habría que seleccionar obras que interesen al estudiante. Tal vez sea mejor que comience por leer obras modernas y vayan luego adentrándose en el mundo de los clásicos.<sup>7</sup> Me parece absurdo obligar a estudiantes que nunca han leído un libro, ni siquiera moderno, a leer el Mío Cid sólo porque lo exige

un programa necio. Es preferible que el viaje sea desde nuestro hoy al ayer. El centro de la clase de castellano sería entonces la lectura y la conversación, sí, la conversación, que es necesario reivindicar,<sup>8</sup> en torno a lo leído, sin perder de vista el hecho de que la lengua rebasa la idea de materia de clase.

En todo caso, si no es posible romper con la inercia y continúa la dictadura del recorrido usual, debería hacerse una selección que se adapte al estudiante, y más limitada, para lograr que las obras sean realmente leídas. Los programas suelen ser muy extensos y las clases de literatura se limitan a suministrar una información inútil. Sin lectura constituyen una pérdida de tiempo. Es mejor que el estudiante de bachillerato lea bien tres o cuatro libros por año a que pase en volandas sobre reseñas y capítulos de obras, por cumplir con un estúpido requisito meramente formal.

¿Cuál es la finalidad de una clase de literatura? Pues hacer que esta se convierta en un goce para el estudiante. Es el primer paso y el más importante. Lo demás viene después si ha de venir, y si no, no importa, siempre que el primer paso tenga la firmeza necesaria como para sostenerse a través de los años. Es decir, métodos, críticas, análisis profesionales no deben anteponerse al hecho primario del goce que proviene del contacto con la obra de los escritores. Ellos, —sería descaminador olvidarlo— no han escrito nunca para especialistas, para profesores o estudiantes de letras, sino para los hombres. Volvemos siempre al mismo punto: para crear afición por la literatura, quien enseña debe tenerla. Tornamos a lo que surge y resurge como requisito imperioso. Se necesitan maestros y profesores que tengan un gusto genuino por la literatura, pues sólo ellos podrán comunicarlo, y no transmisores mecánicos de nociones recogidas en universidades o pedagógicos.

Este no es un problema de técnicas o metodologías o programas sino de sensibilidad. La sensibilidad es el elemento que no puede estar ausente.

Así pues, habría que preparar a las personas que van a enseñar, creando en ellas el gusto por la lengua a través de la única manera que conozco: la lectura de los mejores escritores y traductores.

Los programas también deberían ser revisados. Son irreales. Por pretender abarcar demasiado les indican a los estudiantes gotas de este o aquel escritor, pero nunca un vaso completo de su buen vino. Sería preferible que el estudiante leyera tres o cinco obras en un año que diez pasajes.

La clase ha de ser algo vivo. Si no, es mejor esperar hasta tener las personas que puedan hacer este trabajo. Un trabajo más importante que el también muy útil de hacer casas y edificios, pues tiene que ver con la construcción interna de los seres, por lo que ninguno puede igualársele. A menos que prefiramos la solidez de las ciudades, —que nadie osaría impugnar— a la solidez de las personas.

Después tocaré de nuevo, en forma más amplia, estos aspectos de la enseñanza de la literatura.

## NOTAS

1. Angel Rosenblat: *La educación en Venezuela - Voz de alerta*. Colección Cuadernos del Colegio de Humanistas de Venezuela. p. 51. Posteriormente, en 1981, esta obra fue reeditada por Monte Avila. Dicha edición incluye otros trabajos muy valiosos sobre el mismo tema.
2. Recomiendo encarecidamente el libro de Rosenblat a todos los maestros, profesores, estudiantes y a todas las personas vinculadas con la educación. El ensayo "La gramática y el idioma", aunque breve, es muy completo. Dice Rosenblat que si bien la gramática no enseña a hablar o escribir la lengua materna, tiene un enorme interés, puesto que trata sobre su estructura y funcionamiento. Propone mucha lectura, copia, escritura, redacción, composición, y "habituarse al alumno a hablar bien, a expresarse con corrección, a pronunciar decorosamente, a enriquecer su lengua". p. 61. Rosenblat considera que es el maestro, no el estudiante, quien debe saber gramática para utilizarla cuando lo crea oportuno, y que la "formación del maestro debiera estar centrada en la amplia educación de su lenguaje". pp. 62-63. Afirma que se debe "enseñar las líneas generales del sistema gramatical, pero con moderación, con criterio descriptivo y funcional". p. 63. Preferiblemente a estudiantes que ya hayan cumplido los catorce años, y añade: "La doctrina gramatical como teoría, junto con una formación lingüística general, queda reservada para la universidad y los institutos de formación del profesorado". p. 63.
3. Federico Nietzsche. *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*. Tusquets Editor. Barcelona. pp. 72-73.
4. Op. cit. p. 83.
5. Bollnow. Op. cit. p. 192.
6. En *Literatura y Educación*, (Editorial Castalia), dice Eugenio de Bustos que "la literatura ofrece los mejores modelos de expresión que son posibles en un determinado código lingüístico y, de modo recíproco, ... solo desde el conocimiento de la lengua es posible abordar el literario". p. 73. Esta obra trae muchas otras opiniones en igual sentido, pero solo citaré dos más: "la literatura es el mejor —seguramente el único—

instrumento para perfeccionar nuestra expresión; para terminar con la penosa inseguridad del español en la lengua hablada y en la lengua escrita", afirma Guillermo Diaz-Plaja. (p. 88). "Es imperdonable que un universitario no sepa expresarse con la corrección debida. Desgraciadamente esto es frecuente y es que no bastan los niveles lingüísticos familiar y académico que el universitario usa habitualmente. Es imprescindible que llegue al nivel estético por medio de la lectura. Aquí está la única fuente de superación dentro de la lengua. No se trata de convertir al universitario en escritor, sino de aprovechar el caudal inmenso de los literatos para hacer más correcta, más elegante, más precisa la lengua habitual de cada uno". Rosa Bobes Naves. pp. 58-59.

7. En los autores modernos podemos aprender el castellano vigente. "Han sido ellos los que han forjado el castellano del siglo XX, y leyendo sus obras enriquecemos constantemente nuestro léxico, construimos nuestras frases con sencillez, con naturalidad". Rosa Bobes Naves". Ibid. pp. 58-59. Además "el alumno —dice ella— acepta de mejor grado leer a un autor moderno o contemporáneo que a un autor del siglo de Oro". Ibid. p. 58.
8. Al hombre se le debe educar "en primerísimo lugar en el aprendizaje de la conversación, en la capacidad y la disposición de la conversación genuina, puesto que únicamente así puede llegar a perfeccionarse" su esencia. Bollnow. Op. cit. p. 119. Heidegger dice que "únicamente en cuanto conversación es esencial el lenguaje". Ibid. p. 68. Sólo "en la conversación alcanzamos nuestra humanidad". Ibid. p. 68.

**LENGUAJE Y LITERATURA**

En su obra *Educación por el arte*, Herbert Read retoma una idea —la enunciada ya en el título de su libro— que ha sido relegada al desván donde Occidente guarda todo lo que no le parece “útil”. Aunque ya tiene pruebas suficientes de que toda unilateralidad se torna destructiva, sigue obstinadamente por el mismo sendero. Por eso nos encontramos con una humanidad dedicada a lo útil, pero menesterosa en todo lo que no tenga cabida dentro de lo que designamos con esta palabra. Tal disparidad reseca la vida. Al faltar lo que nutre el alma, el escenario interior del ser humano es invadido por fuerzas de signo único que convierten la sociedad en un yermo. “Cuidado con los absolutos. Hay muchos dioses”, nos advierte Lawrence.<sup>1</sup>

Hoy se habla mucho de que las máquinas reducen el trabajo humano, y producen, además de mercancías, un ocio que permite a los trabajadores dedicarse a quehaceres más placenteros, más vinculados con su vocación, más acordes con sus deseos íntimos, todo lo cual les proporcionaría el cimiento para su desarrollo

integral. El cuadro es demasiado hermoso, pero aunque factible, me parece falso. Ese ocio no se ve por ninguna parte. Las máquinas, hoy perfeccionadas y cada vez más automáticas, no lo han traído. En todos los países los trabajadores siguen sometidos a un horario tan infrangible que parece decretado por los dioses. No se puede violar ni modificar. Se le impone al ser humano como si fuese una ley natural y éste lo acepta sin reparo ni reflexión, porque sí, porque no parece haber remedio, a pesar del desarrollo técnico y de todos los socialismos.

¿Por qué ocho horas? ¿por qué cinco o seis días? ¿por qué no dos turnos? ¿si fue un acuerdo entre el capital y el trabajo, curiosamente aceptado y exacerbado por los estados socialistas, por qué no puede reemplazarse por otro? ¿qué pasó con la liberación prometida? Seguramente hay sectores poderosos interesados en mantener esta situación y la sociedad misma se muestra hostil hacia cualquier reducción de la jornada de trabajo. Son demasiados siglos de sudor de la frente los que pesan sobre sus espaldas para que acepte un viraje que, al hacer menos opresivo y excluyente el trabajo, le devuelve sus fueros al ocio.

A la condena del horario inflexible hay que añadir el tiempo empleado en ir de la casa al trabajo y del trabajo a la casa, que en las grandes ciudades de tráfico endemoniado es más de lo humanamente admisible. Bajo cualquier sistema, hasta ahora, los trabajadores están uncidos a un tipo de producción y a un tiempo inexorables. Las ventajas materiales, que no son muchas, jamás podrán compensar la merma o la pérdida de su tiempo libre.<sup>2</sup>

La clase media también es víctima de la sociedad industrial. Sobre todo el sector que trabaja en empresas está igualmente sujeto

a un reloj y también, como los trabajadores, en peligro de robotización. A este sector y al capitalista pertenece el hombre perennemente "ocupado"; el hombre que no tiene tiempo, es decir, lo tiene sólo para los negocios; el hombre que siempre anda de prisa. Se trata de alguien que ha perdido capacidad de goce, pues carece de la lentitud que lo hace posible. Lo ha cambiado, en muy mal trueque, por dinero. "Vivimos en la época de los supertrabajadores y de los infraeducados; en la época en que la gente se aplica tanto al trabajo que se vuelve totalmente estúpida. Y, por cruel que parezca, no puedo dejar de decir que esa gente merece su suerte. La mejor manera de no saber nada de la vida es tratar de hacerse útil".<sup>3</sup>

Nadie pone en duda que el trabajo sea indispensable; nadie preconiza su abolición. Hasta el goce, sin él, se debilita. Lo impugnable es su deificación y el pasar por alto la diferencia entre el trabajo que las personas hacen porque les gusta y el que se ven obligados a hacer por razones de simple subsistencia.

La mentalidad tecnocrática, respaldada ideológicamente por la tradición monoteísta judeo cristiana, prometeica y puritana de Occidente, ha cobrado tal fuerza en nuestro medio que ya se cierne sobre la Universidad, ciudadela secularmente libre, reñida por esencia con todo tipo de uniformidades. Hoy se ha convertido en blanco de quienes, dentro y fuera de su seno, quieren verla funcionar sujeta al mismo régimen de una empresa eficiente. Por eso desean instaurar en ella las rigideces de la producción. Con frecuencia hasta el lenguaje de sus autoridades se asemeja, sin rubor, al de la industria.

Tales pretensiones resultan peligrosas para la Universidad. La búsqueda de rendimiento puede destruirla. Más rendimiento de

un profesor suele significar menos calidad, estancamiento, anulación, como profesional y a veces como persona. ¿Qué es un profesor eficiente, qué es este flamante espécimen? Alguien a quien la semana se le va en preparar y dictar clases, sin oportunidad para leer ni lo que su especialidad demanda y que para proteger su poco tiempo libre, termina repitiendo mecánicamente su materia. El resultado no puede ser más gris: el profesor eficiente se ha vuelto una nulidad, que ahora se dedica sólo a su subsistencia. Los que le exigían más horas de trabajo aplauden. El profesor ha cumplido con su deber. La cantidad está salvada. Pero la Universidad va así dejando de serlo. Esto, al parecer, no importa: hay que cumplir con el esquema administrativo, con el molde en que se la quiere meter.

Es posible que la Universidad venza la sombra, incluyendo esta delirante del rendimiento, que se vuelve contra la propia institución. Pero también creo que la Universidad es y debe ser sombra del país. Representa lo que el país es, pero también lo que no es, y su aporte está en lo que tiene de contraposición.

Supongo que me he alejado del tema inicial, si bien no tanto como parece: lo que más le interesaba a Read era la educación en el más auténtico sentido, que no ha de confundirse con la simple preparación profesional. Creía que el mejor modo de acceder a ella era a través del arte, cosa que debe sonar utópica a los oídos modernos cautivados por el fragor industrial. Read, cuya idea nunca ha tenido una influencia decisiva en la sociedad, cuenta entre sus antecesores a Platón y a Schiller.

Que la educación ha desperdiciado la vía estética ha sido siempre innegable y cada día lo es más. El mundo marcha en sentido opuesto, por el carril tecnológico, cuyos resultados están

a la vista. Tal es la dirección que se impone por todas partes. Se desdeña la formación humana. La sociedad pide profesionales y técnicos y los institutos se encargan de producirlos, sin más. Los trata como instrumentos; los considera, sin avergonzarse, simple "recurso" —renovable, por supuesto—; excluye deliberadamente la formación esencial. Muchos de ellos se vuelven, realmente, piezas mecánicas de un engranaje ciego. Ni siquiera los síntomas más angustiosos del descalabro humano han podido mover a reflexión a la sociedad, hacerla enderezar este rumbo que parece seguir un dictado más poderoso que la inteligencia, lo que le da visos de fatalidad. El hombre ha perdido las riendas de su destino. La historia lo maneja. Está dominado por fuerzas que cree controlar y dirigir; pero, en realidad, está preso en una trampa de su propia hechura.

La obra de Read, especie de defensa e ilustración del arte como camino hacia la formación del hombre, aunque incluye la literatura, le da primacía a las artes plásticas. Al menos esa es la impresión que nos deja. La educación se haría a través de ellas, y sus ilustraciones son todas de dibujos y pinturas hechos por niños. Pero me pregunto a qué habrán de dedicarse éstos una vez rebasada la época de la infancia.

Lo que intento decir es que la lengua nos acompaña toda la vida; no así el "arte" que hacemos cuando estamos en la escuela. Por mucho que contribuya a formarnos, se trata de algo que siempre queda atrás. A veces es un recuerdo amable de la niñez. La lengua, además, está más cerca de nuestro ser que cualquier otro instrumento. La tenemos a flor de labios, de piel y de alma, por lo que me parece un medio más natural de formación. En todo caso, una educación plástica no está reñida con una literaria ni con

ninguna otra. ¿No podría, pues, el lenguaje contribuir al rescate humano?

Sin ánimo de contraponer tal posibilidad a nada de lo que pueda hacerse en el mismo sentido, me parece muy factible. Todos hablamos, en todos puede surgir una nueva relación con el lenguaje. Esa que comienza cuando entrevemos su dimensión, cuando cobramos conciencia de lo que significa este instrumento. Instrumento, en realidad, es una palabra que le resulta estrecha al lenguaje. Es mucho más que eso, es todo un mundo, el elemento propiamente humano donde nos movemos.

Aquí tengo que volver por un momento a Kraus, quien después de combatir la espantosa aberración nazi a través del lenguaje de sus propagandistas al ponerlos en evidencia, como ya vimos, valiéndose de la misma fraseología que empleaban, pensó que “el unir en un empeño común a todos los que comprendían que la salvaguarda de la lengua alemana tan maltraída por los ‘trogloditas’ de todo género era “la única posibilidad de expiación”.<sup>4</sup> Es de notar este término tomado de cierto lenguaje religioso. También George Steiner, en su libro *Language and Silence*, adopta un tono parecido.<sup>5</sup>

Kraus estimaba que “si la salvación se encontraba sólo en una reeducación de los espíritus, muy bien se podía empezar por el estudio de un lenguaje alemán correcto”.<sup>6</sup> Así pues, “estaba persuadido de que ocupándose de problemas teóricos y prácticos del vocabulario y de la sintaxis, luchando contra lo ambiguo, combatiendo por una expresión clara, precisa, neta, realizaba una labor muy útil”.<sup>7</sup> Es natural. Había dicho reiteradamente: “Defender nuestra lengua es defender nuestro espíritu”,<sup>8</sup> frase que no por elemental deja de tener un peso enorme si la consideramos bien,

es decir, con frescura, sin lastre. Después de largas luchas, a este combatiente le quedaba “como único consuelo el poder expresar artísticamente su desesperación, el poder ahogarla ‘en la dicha del lenguaje’...” y se hundía en la traducción o lectura de sus escritores dilectos “para escapar a la abyección de su época”.<sup>9</sup>

Hemos desembocado de nuevo en la literatura. Se entiende: es la depositaria de la lengua. Atesora todo el esplendor de que ella es capaz. Es ahí donde abrevamos en busca de ese caudal que no encontraremos en ninguna otra parte, en pos de lo que a veces creemos haber perdido. Pues a menudo tenemos la sensación de que el lenguaje puede evaporarse; pero sabemos que si eso ocurriera lo hallaríamos en el lugar donde por fortuna se guarda y se cela, donde se reviste de todas sus galas, donde nos espera siempre.

La lengua se absorbe indirectamente. Estudiarla es cosa árida para la mayoría. ¿Quién, no teniendo vocación, se pondría a esta tarea? Es la literatura la que nos la entrega, o devuelve, pletórica, límpida, viviente, y es el lector el que la acoge y la lleva consigo como quien después de abandonar el ámbito de la comunicación diaria se sumerge en otra dimensión y regresa lleno de bienes antiguos y ocultos. Ocultos para los no lectores. Por supuesto que a nadie se le ocurriría trasladar el lenguaje literario a la vida diaria. Sería tan ridículo como efectuar la operación inversa de llevar el lenguaje cotidiano, sin modificación, a la literatura. Sin embargo, el lenguaje del lector tiene un sello reconocible.

Existe un obstáculo que traba esta vía real. No se lee mucho en el mundo de hoy, y en Venezuela es notorio el poco interés por el libro. Ignoro cuál será el número de lectores, pero debe

de ser escaso. Un índice delator al respecto es la exigua cantidad de bibliotecas públicas existentes en el país. Además, las pocas que hay son o tienden a ser, inexplicablemente, para estudiantes de primaria y bachillerato, lo cual las desvirtúa bastante.<sup>10</sup>

De manera, pues, que entre nosotros la lengua está aún más expuesta al olvido que en otros países donde se lee más. No posee la robustez necesaria para resistir las influencias disolventes que la asedian desde distintos puntos. Un país lector, en cambio, piensa, y como tal conoce el valor de la expresión. Por eso tiene que ser, parejamente, país de buen lenguaje.

Ya me he referido a la escuela y a sus esfuerzos por impedir que los niños aprendan su lengua y se encariñen con la buena literatura. No quiero ser insistente, pero me resulta difícil evitarlo. Creo que se hace necesario un viraje real.

Aquí aparece otra dificultad. Siempre se ha confiado en que mediante planes, métodos y programas, casi siempre irreales y desmesurados, que atiborran de sandeces a los niños, se puede encarar nuestro problema educativo, y se olvida que todo depende del maestro. No nos engañemos entonces: sabemos cual es su formación en materia de lenguaje y de literatura. Sus insuficiencias no se resuelven mediante cursos de un mes o tres meses. La cultura es cosa de tiempo, paciencia, lentitud. En este terreno se estrellan las velocidades modernas.

Del mismo modo, casi nada se hace en el bachillerato para despertar en los estudiantes un interés real, firme y duradero por la lectura. Da la impresión de que sólo se busca cumplir fríamente con un programa. Lo cierto es que muy pocos se aficionan a leer.

¿Y las escuelas de letras? ¿No olvidan a veces que el fundamento de los estudios literarios no puede ser sino la relación espontánea de los estudiantes, como lectores, con las obras? ¿Crean o reafirman el gusto por la lengua y la literatura o tienden a convertirlas en objeto de análisis según este o aquel método de última hora, a veces no tan última, dando de lado lo que ellas tienen de deleite? Antes de convertirse en profesionales, y siempre, los estudiantes tienen que ser lectores, y es en este punto donde sospecho que están las fallas. En verdad, no sé hasta qué punto las escuelas de letras le dan su debido lugar al sentido del placer en literatura, tan vinculado, por lo demás, al goce del lenguaje. Puede que el entusiasmo de un profesor por la teoría o el método de su preferencia se incruste entre el estudiante y las obras dificultándole su contacto directo con ellas. Dejarlas ser, dejarlas hablar, me parece más importante que abordarlas con cualquiera de las herramientas acostumbradas.

Los que estudian letras van a enseñar a jóvenes en liceos, si el Ministerio de Educación lo permite, lo cual es raro, o en colegios privados, cuando tienen suerte. Si no disfrutan con la literatura, con el lenguaje; si no sienten la literatura y el lenguaje como algo placentero ¿qué podrán transmitir? Al faltar la capacidad apreciativa de los valores de las obras literarias, la enseñanza deja de ser tal; se vuelve aplicación mecánica de esquemas o simple repetición. Como profesores recurrirán a clichés sacados de manuales o a referencias que en nada contribuyen a la apreciación de las obras o a dictar descaradamente para que los estudiantes copien, con puntos y comas. Este sería el último estadio de la estafa, y ¿cuántos "dictadores" no hay en la educación! Por supuesto, podemos usar manuales, referirnos a factores exógenos a las creaciones literarias

o incluso dictar cuando sea necesario, pero creo que el centro de la actividad debe ser la apreciación de las obras.

Si no existe en los profesores vivencia de la literatura y del lenguaje no pueden hacérsela sentir a los estudiantes y en ellos no podrá nacer el interés por la lectura. Pasan a formar parte del inmenso contingente de personas para las que este placer está vedado. Cuentan con una experiencia menos, la experiencia del lector. Aquí, como en la escuela primaria, pero en forma más amplia, el profesor podría hacer de la exposición, la lectura y la conversación la base del curso. La universidad, no sé por qué, tiende a preferir la primera de estas actividades, reduciendo y a veces excluyendo las otras dos.

Roger Shattuck, en su ensayo "Cómo recuperar la literatura", publicado en la revista "Quimera", sostiene un punto de vista muy afín al nuestro. Dice que para la mayoría la crítica literaria "sigue significando un medio no limitado de respuestas personales, conversación formal o informal, comentarios y alardes eruditos entre los que las obras de arte fluyen y donde terminan por consolidarse. Para otros, sin embargo, la crítica ha dado, en los últimos treinta años, un atrevido paso hacia adelante. Ahora incluye actividades que casi no guardan relación alguna con el hecho de saborear o disfrutar un texto cualquiera. Los sistemas simbólicos y el análisis científico cuantificatorio han pasado a ser los métodos más comunes de aproximación a la obra literaria".

Shattuck nos habla de un profesor entrado en años, que escandalizaba a su departamento porque en su seminario sobre Cervantes se ponía a leer el Quijote en voz alta haciendo comentarios sobre el lenguaje o sobre historia o alguna referencia sobre la novela, pero evitando toda interpretación sistemática.

En otra aula, al final del pasillo, un joven profesor cubría la pizarra de diagramas minuciosos, de símbolos y ecuaciones. Era autor de dos brillantes artículos sobre los *comics* según la teoría de la comunicación y la teoría oxoniense de los actos de habla. Los dos profesores, ambos críticos, se enfrentaban a un mismo problema: cómo llenar las cuarenta horas de clase que exige un curso.

El primero de estos profesores "ha vuelto, como quien dice, a la Edad Media, a aquella época en que los estudiantes empleaban a menudo su tiempo copiando un precioso manuscrito que el profesor leía en voz alta". Aunque aprecio mucho la Edad Media, la comparación no me parece del todo acertada; pero sigamos. El profesor más joven, en cambio, "sentiría un cierto malestar si le hablaran de una tradición en concreto o de pretender cualquier forma de apreciación, una palabra relegada ahora a los departamentos de música".

Al comentar la diversidad de enfoques —el estructuralista, el de la teoría de la comunicación, el socio-lingüístico, etc.— señala una grave consecuencia para la literatura: "Todavía no hemos investigado lo suficiente hasta qué punto no estarán los escritores de hoy elaborando obras sistemáticamente ambiguas, pensadas con un criterio lingüístico y totalmente impersonales, con el único fin de suministrar a los críticos el pasto que tanto ansían". En muchas revistas literarias de moda es fácil advertir lo que Shattuck sospecha. Pero la literatura va siempre de adentro hacia afuera. Una desviación como la que él teme, invierte esta dirección. El centro de gravedad de la obra se desplaza; deja de ser interior y ésta se desequilibra. Se trataría de otro revés para el alma.

Tal vez he dado la impresión de que para mí la única finalidad de la literatura es producir placer. En verdad, sólo he intentado recalcar este aspecto, acaso el más olvidado en la educación, y no es ahora el momento de recordar todo lo que la literatura significa. Me limito a destacar algo que propicia y afianza el contacto inicial con la literatura y sin lo cual nada puede erigirse. Ni siquiera las diversas interpretaciones, los diferentes enfoques críticos. Preveo y hasta espero para esta posición el desdeñoso calificativo de impresionista, que acepto gustosamente y hasta reclamo. Siempre me ha parecido que la impresión es lo primordial. Impresionista es quien desea no alejarse de la obra y responderle como lector. Es decir, como alguien a quien le interesa, ante todo, disfrutarla; no abalanzársele armado con un aparato crítico.<sup>11</sup>

A los fines de este ensayo, he querido ver la literatura como asiento del lenguaje y ruta principal hacia su riqueza. Este es un lugar común, pero de los que hace falta recordar. A la lengua se accede mediante la lectura de buenas obras. Estudiarla directamente no es, desde luego, un desatino, pero puede tornar abstracta y seca una tarea que debe ser grata.

Habría, pues, que rescatar la literatura y darle el puesto que le corresponde dentro de la educación y la sociedad, lo que nos pone frente a otro asunto.

Sabemos cuál es hoy la situación de la literatura en el mundo. Está relegada al lugar que le dejan otras atracciones, señaladamente, la televisión. Es quehacer de minorías para minorías que no han sucumbido a las tentaciones masificantes. Está separada en un coto donde no entran los más. En realidad, esta ruptura tuvo lugar mucho antes de que apareciese la televisión; esta no ha hecho más que agravarla. Walter Kerr analiza impecablemente el proceso.

Después de referirse a ese club del siglo XVIII donde literatos y artistas podían reunirse con hombres de otras profesiones —médicos, abogados, estadistas— y departir fácilmente, pues el intercambio entre ellos se consideraba natural y, claro está, no había ocurrido la ruptura que nunca volvió a soldarse, dice Kerr: “Cuando los hombres prácticos del siglo XIX se calaron sus hongos y abandonaron para siempre el Club, los escritores y los pintores que dejaban detrás no tenían, literalmente, dónde ir.<sup>12</sup> El poeta y sus hermanos iniciaron su larga y solitaria jornada hacia los últimos confines de la sociedad, hacia los arrabales intelectuales, hacia una nueva bohemia, hacia la única compañía que les era permitida: la de su pequeño círculo de seguidores.<sup>13</sup> El divorcio, cuando se produjo, no fue ni siquiera amistoso; las partes se comportaron como si no quisieran volver a verse jamás. Los utilitaristas se quedaron en la casa y los estetas tuvieron que vagar por el campo con sus hijos”.<sup>14</sup> Kerr señala que las universidades siguen, milagrosamente, reservando un sitio en sus aulas a las artes liberales, pero cuando se ataca algún reducto de la enseñanza humanística, como ha sucedido con el latín, la defensa suele hacerse en territorio enemigo, recurriendo al “único argumento que puede persuadir al hombre del siglo XX”,<sup>15</sup> el de la utilidad.

Por su parte, los otros proscritos, los artistas, mientras se encaminaban al exilio a que el mundo utilitarista los había condenado, se ensimismaron, se volvieron herméticos, cayeron en la neurosis. Su lenguaje se tornó exclusivo, se acrecentó la subjetividad, se hizo incomunicable. Fue la respuesta de los desterrados.

Hubo dos actitudes. Wilde aceptó la idea utilitarista que enarbolaba la sociedad, para despreciar a la sociedad y exaltar el arte por su magnífica inutilidad, por ser inmoral, por no decir

nada. Pero sus "chispeantes bravatas no son más que los cohetes que lanzan los naúfragos mientras se hunden alegremente con el barco".<sup>16</sup> La otra actitud no fue desafiante; tuvo lugar en el campo enemigo, desde sus bases: consistía en la afirmación de que su trabajo también era útil. Se parecía al camuflaje de los profesores. Zola, Ibsen, Tolstoi, Miller, Brecht serían algunos de los representantes de esta posición.

Kerr piensa en términos de curación. Una vez señalada la enfermedad de nuestra civilización, el unilateralismo que conduce a la atrofia de aquel lado de nuestro ser que no puede nutrirse mediante la actividad, Kerr, buscando remedio, desemboca en una vieja y hermosa palabra que expresa un acto lúdico e intelectual: contemplación, en el sentido de "mirar o considerar con continuada atención",<sup>17</sup> algo distinto a concentración o al esforzar el pensamiento o a la urgente necesidad de arrancar una evidente ganancia del objeto o de la hora o al querer entender.<sup>18</sup>

A pesar de todo lo dicho por Kerr, no creo que el poco leer se deba a esta escisión entre el escritor y el hombre que se dedica a otras actividades. Puede influir; pero no parece lo determinante, ni pretendo yo saberlo. Tal vez las dificultades que presentan las obras de los "proscritos" desanimen al público, pero ocurre que las obras literarias de calidad, completamente accesibles, tampoco cuentan con muchos lectores.

Este hecho ha acarreado una consecuencia peligrosa: el descenso del escritor en la sociedad moderna. En verdad, ya no tiene mayor peso. Su influencia es casi nula, por lo cual se encuentra inerte ante los grandes poderes que la dominan de manera absoluta. Su caída deja el terreno en manos extrañas a la cultura y aumenta la impotencia del ser humano frente a ellos, puesto que invalida a

quien suele ser su aliado. El escritor —dice Camus— debe estar, no al lado de los que hacen la historia, sino de los que la padecen.

Aquí comienza el drama. Supongamos que lo esté, como Camus quiere, como es justo ¿cuál es su fuerza? ¿qué efecto, de veras operante, tiene? ¿hasta dónde puede influir en la historia, nada inteligente y en la cual campea el crimen o la amenaza? Nunca como ahora había sido tan insignificante el escritor, aunque haya mucho "movimiento cultural", ni tampoco los poderes habían sido tan soberbios, tan sordos, tan indiferentes. Pasó el tiempo en que podía enfrentarse a un Estado, con posibilidad de ser oído, de conmover y hasta de provocar un cambio. Aun en el siglo XIX, autores como Carlyle, Zola, Ibsen, por ejemplo, podían influir considerablemente en sus respectivos países y más allá, sobre un público no literario, lo cual les daba un alcance mucho mayor al que tienen hoy los escritores, a pesar de los medios de comunicación con que cuentan.

La debilidad o la fuerza del escritor depende, en gran parte, de los lectores. Si no los hay, está condenado al aislamiento, como ocurre en nuestra época. ¿No se vincula también este hecho con una baja idiomática? Al hombre de la sociedad de masas le tiene sin cuidado lo que le pase al lenguaje. El quiere bienes tangibles, y el lenguaje no lo es. Las palabras no son palpables. Están hechas de aire, sueño y sangre. Nacen, vuelan y desaparecen, o acaso duermen, hasta que alguien las evoque.

Tal vez estemos frente a un cambio que guarda poca relación con el pasado. Los períodos anteriores de la historia, o muchos de ellos, podrían considerarse de manera general como de cultura de la lengua, como períodos en los cuales la lengua ocupaba un

puesto central. Es evidente que ya esto no ocurre. Hoy, por ejemplo, hasta se habla de cultura visual, cosa que me parece un desatino. Pero un desatino que indica por donde va la corriente. No en dirección del lenguaje, desde luego.

Aquí se abre la interrogación de si puede existir una cultura en la que la lengua no tenga un sitio principal. ¿Cómo sería esa cultura? Debemos reconocer que no es fácil concebirla, lo que no deja de ser alentador. Significa que tampoco es fácil reemplazar la cultura tal como se ha entendido hasta ahora. Es decir, que sea cual sea su destino en el mundo actual, siempre será fuente, sustento perdurable, referencia imprescindible. No estoy pensando, claro está, en una restauración. Sería imposible. Tampoco deseable. Se trata de no perder, sino incrementar nuestro comercio con ese legado.

La verdad es que no sabemos si lo que ocurre actualmente es un fenómeno pasajero o algo inherente a la sociedad moderna. En este caso, debemos prepararnos para una larga oscuridad. Una oscuridad además estridente. Pues no es el silencio lo que nos quieren trocar por la palabra, sino el ruido. Tendremos que asumir nuestro sino; nuestro vivir al margen.

## NOTAS

1. En su ensayo sobre Benjamín Franklin, que forma parte de su libro *Estudios sobre literatura clásica norteamericana*. p. 34. Lawrence es implacable con Franklin: "Y ahora ya sé por qué no puedo soportar a Benjamín. Trata de quitarme mi totalidad, mi selva oscura y mi libertad. En efecto ¿cómo puede un hombre considerarse libre si no tiene en cuenta todo lo que hay en él? Y Benjamín trata de encerrarme en un corral de alambre de púa para que allí dentro plante papas o construya Chicagos.

¿Y cómo puedo ser libre sin dioses que vienen y van? Pero Benjamín no permitirá que existan otras criaturas que los hombres libres, y yo estoy harto de ellos; en cuanto a su deidad y a su providencia no son otra cosa que un depósito celeste que contiene todos los artículos imaginables, desde las victrolas hasta los gatos de nueve colas". p. 35. Aquí el traductor se equivocó: "gato de nueve colas" significa azote, el que se usaba en las cárceles. El propio juez fijaba el número de azotes que el preso debía recibir. En inglés se llama cat-o-nine-tails. Ignoro si todavía se usa.

2. Paul Lafargue, el yerno de Marx, escribió un libro poco recordado por los socialistas: *El derecho a la pereza*. El título es desafortunado; predispone a los lectores. En rigor, lo que Lafargue defiende es el tiempo libre. Reprocha a los obreros el haber caído en la trampa de "la religión del trabajo" y cree que un horario de tres horas sería lo deseable.

Lo mejor que he leído sobre el tema es *El ocio y la vida intelectual* de Josef Pieper. El autor considera el ocio como básico para la cultura. La edición inglesa de la obra se llama, por cierto, *Leisure-The Basis of Culture*.

Pieper comienza por recordar que ocio se dice en griego *skolé*; en latín, *schola*; en castellano, escuela. De modo que escuela quiere decir originalmente ocio.

El "mundo totalitario del trabajo" —dice el autor— rechaza el ocio, que nada tiene en común con la pereza; esta es su negación. Tampoco debe confundirse con "pausa en el trabajo, tiempo libre, fin de semana,

permiso, vacaciones; el ocio es un estado del alma" (p. 45) que no depende sólo de hechos externos. "El ocio es la actitud de la percepción receptiva, de la inmersión intuitiva y contemplativa en el ser". (p. 45). Posee "algo de la serena alegría del no poder comprender". (p. 45), del reconocimiento del carácter de misterio que tiene el mundo. El talante del ocio no es el de quien interviene, sino el de quien se relaja; no el de quien hace, sino el de quien suelta, o se suelta y abandona. "Frente al exclusivismo de la norma ejemplar del trabajo como esfuerzo se encuentra el ocio como la actitud de la contemplación festiva". (p. 47). Pieper impugna el dogma de que solo vale lo que cuesta trabajo. Dogma que descalifica cuanto se hace sin esfuerzo, e instaura, como legitimación, la fatiga. Esta sobrevaloración del esfuerzo implica desconfianza hacia todo lo que es fácil. En el fondo de todo ello hay un rehusarse a admitir regalos.

El "mundo totalitario del trabajo" —continúa— no quiere dejar nada fuera de su engranaje. Así, el intelectual, el estudiante, es "trabajador del espíritu", queda inserto en el sistema, es convertido en funcionario.

También Erich Fromm toca el tema en forma parecida, especialmente en *¿Tener o ser? Se apoya en Marx y en Schweitzer*. De Marx destaca la primacía que le da al ser sobre el tener. "Cuanto menos seas y cuanto menos expreses tu vida, tanto más tienes y más alienada está tu vida... Todo lo que el economista te quita en la forma de vida y de humanidad, te lo devuelve en la forma de dinero y riqueza". (Manuscritos económico-filosóficos). p. 151. Según Fromm, los socialdemócratas y los comunistas transformaron el socialismo en un concepto puramente económico "cuya meta era el consumo máximo, el uso máximo de las máquinas". p. 152. Schweitzer señala, a su vez, "el efecto destructor del trabajo obsesivo, la necesidad de trabajar y consumir menos" p. 155.

Fromm dice que hay "una notable afinidad entre las ideas de Buda, de Eckhart, de Marx y de Schweitzer: su insistencia radical de renunciar a la orientación de tener" (p. 155) así como también en su "excepticismo metafísico", "su religiosidad sin Dios" (p. 156), y su demanda de solidaridad humana.

Me es imposible abstenerme de señalar que en Venezuela hay muchos horarios francamente absurdos. Los niños deben levantarse a las 5 o 6 de la mañana para ir a clases. Ignoro cuál es la justificación de este régimen. No será, supongo, que la sabiduría que los espera no admite

demoras. En la Universidad Central hay escuelas con un horario parecido. El más absurdo es el que tiene la de artes, pues sus estudiantes no son seminaristas; es de suponer que se acuestan tarde. El CU y el nuevo equipo rectoral de izquierda no pudieron soportar el horario corrido de los empleados. ¿Es que los socialistas quieren servir mejor al "mundo totalitario del trabajo" que los mismos capitalistas? ¿Buscan subordinar la vida al trabajo? ¿Es esta la finalidad del socialismo? Un trabajador, un empleado, en realidad, gasta más de ocho horas de su existencia en la actividad laboral. Muchos salen de sus casas a las 5 o 6 de la mañana y regresan a las 9 o 10 de la noche. Este es un despilfarro de vida del que no parecen darse cuenta —y esto es lo más descorazonador— las propias víctimas. Están aherrojadas y no lo saben; se sienten a gusto dentro del sistema de producción al que sirven.

3. Oscar Wilde, citado por Walter Kerr en *El rechazo del placer o la civilización del hombre aburrido*. Sagiario, S. A. Barcelona, 1964. p. 78.
4. Op. cit. p. 272.
5. Está traducido al español. En su ensayo "El milagro hueco", Steiner sostiene que el nazismo manchó el idioma alemán. También considera que se ha empobrecido. Ya antes, en "El abandono de la palabra", otro de los ensayos del libro, Steiner había dicho: "Sin incluir listas taxonómicas (los nombres de todas las especies de coleópteros, por ejemplo) se calcula que la lengua inglesa tiene en la actualidad unas 600.000 palabras. Se cree que el inglés isabelino tenía sólo 150.000. Pero estas cifras toscas son engañosas. El vocabulario con que trabajaba Shakespeare supera al de cualquier autor posterior, y la Biblia del rey Jaime, aunque necesita sólo 6.000 palabras, sugiere que la concepción cultural dominante en la época era mucho más amplia que la nuestra. El verdadero problema radica no en el número de palabras disponibles, sino en el nivel en que utiliza el lenguaje el uso corriente actual. Si el cálculo de MacKnight es fidedigno (*English words and their background*, 1923), el 50 por ciento del habla coloquial en Inglaterra y los Estados Unidos comprende sólo treinta y cuatro palabras básicas; y los medios contemporáneos de información de masas, para ser entendidos en todas partes, han reducido al inglés a una condición semianalfabeta. El lenguaje de Shakespeare o de Milton pertenece a una etapa de la historia en que las palabras tenían un dominio natural

de la experiencia. El escritor de hoy tiende a usar cada vez menos palabras y cada vez más simples, tanto porque la cultura de masas ha diluido el concepto de cultura literaria como porque la suma de realidades que el lenguaje podía expresar de forma necesaria y suficiente ha disminuido de manera alarmante...

¿Qué cosa, fuera de verdades a medias, simplificaciones groseras o trivialidades puede, en efecto, comunicársele a ese público de masas, semianalfabeto, que la democracia moderna ha reunido en las plazas? La comunicación sólo puede hacerse efectiva dentro de un lenguaje disminuido o corrupto. Compárese la vitalidad del lenguaje de Shakespeare, del *Book of Common Prayer* o del estilo de un hidalgo rural como Cavendish, con nuestro lenguaje corriente. Los "investigadores de la motivación", esos sepultureros del lenguaje culto, nos dicen que el anuncio perfecto no debe tener palabras de más de dos sílabas ni oraciones con frases subordinadas. Ciertamente, no puede quedar duda de que la toma del poder político y económico por los semicultos ha traído consigo una reducción de la riqueza y de la dignidad del idioma...

En otra parte he tratado de mostrar, al referirme a la situación del idioma alemán bajo el nazismo, lo que la bestialidad y la mentira política pueden hacer con un lenguaje cuando éste se ha separado de las raíces de la vida moral y emocional, cuando se ha osificado con los clichés, las definiciones acrílicas, las palabras inútiles. Sin embargo, lo que le aconteció al alemán está aconteciendo por doquier de modo menos espectacular. El lenguaje de los medios de información y de la publicidad en los Estados Unidos e Inglaterra, lo que pasa por cultura literaria en los institutos medios norteamericanos o el estilo de los actuales debates políticos son pruebas evidentes de un abandono de la vitalidad y la precisión. El inglés utilizado por el señor Eisenhower en sus conferencias de prensa, como el que se emplea para vender un nuevo detergente, no estaba destinado ni a comunicar las verdades urgentes de la vida nacional ni a agilizar la inteligencia de sus oyentes. Estaba diseñado para eludir los requisitos del significado o para deslizarse sobre ellos. Cuando a un estudio sobre la lluvia radioactiva se le puede dar el título de "Operación insolación", el lenguaje de una comunidad ha llegado a un estado peligroso...

Ya sea que una disminución de la fuerza vital del lenguaje mismo contribuye al desdoro y mengua de los valores morales y políticos, ya sea que la reducción de la vitalidad del organismo político socava al lenguaje,

una cosa es cierta. El instrumento de que dispone el escritor moderno está amenazado por restricciones externas y por decadencia interna. En el mundo de lo que R. P. Blackmur llama "el nuevo analfabetismo", el hombre para el cual es esencial el más alto saber literario, el escritor, se encuentra en una situación precaria". (*Lenguaje y silencio*. Gedisa. Barcelona, 1982, pp. 49-50, 51-52).

6. Op. cit. p. 272.
  7. Ibid. p. 272.
  8. Ibid. p. 272.
  9. Ibid. p. 273.
  0. En Venezuela hay 450 bibliotecas públicas. Según el informe anual correspondiente a 1983, se atendieron en las distintas redes que conforman el Sistema Nacional de Bibliotecas Públicas, un total de 5.018.524, cifra que sería más alentadora si no supiéramos que casi los únicos que utilizan estas bibliotecas son estudiantes. Los adultos, salvo las innaturales excepciones, no leen, y los que sí leen no acuden a ellas. Prefieren adquirir los libros. De manera que en Venezuela existe un considerable número de bibliotecas privadas.
- Tal vez el alza en el precio de los libros lleve a un mayor desarrollo de las bibliotecas públicas, lo que exoneraría bastante a los verdaderos lectores. Tendrían que ser, eso sí, muy completas y al día, pero estamos lejos de eso. ¿Cuándo podrá un lector abstenerse de comprar libros porque sabe que los va a encontrar en la biblioteca pública de su barrio o urbanización?
- Hasta donde alcanzo, el "Instituto Autónomo Biblioteca Nacional y de Servicios de Bibliotecas", realiza una buena labor, aunque bastante unilateral: está demasiado inclinada hacia el libro venezolano. Su orientación es excesivamente nacionalista, y esto en el campo de la cultura significa aislamiento, descompás, atraso. Y no es que me parezca mal lo que se haga en favor del libro venezolano; al contrario, creo que es indispensable preservarlo, protegerlo y difundirlo, como se viene haciendo, según el informe anual que he consultado. Lo que ya no encuentro aceptable es el desinterés por el libro "extranjero", la

tendencia a excluirlo. Esto es peligroso. En el mundo de la cultura no se pide pasaporte. Lo que cuenta, lo decisivo, es la calidad.

La lista de libros básicos que sirve de norma para la dotación de las bibliotecas, incluye, desde luego, autores de todas partes; pero ¿adquieren las bibliotecas los libros valiosos que van llegando constantemente a las librerías? ¿desde cuando no lo hacen? ¿cuál es su política al respecto?

Esta sería una de las funciones de la Biblioteca Nacional. Nacional, sobre todo en este caso, no quiere decir nacionalista. Las bibliotecas nacionales de todos los países seleccionan, adquieren y guardan lo mejor que se publica en el mundo.

11. "La impresión, ya se entiende, es la condición indispensable, la receptividad para la obra literaria. Sin ella no hay crítica posible, ni exégesis, ni juicio; ni conociémitno ni amor. Ahora bien, la manifestación de esta impresión general y humana a nadie se podría vedar. Es un derecho natural, si se me permite un lenguaje anticuado. Cuando esta manera de manifestación informal y sin compromisos específicos se atreve a hablar en voz alta o se atreve a la letra escrita, suele llamársela impresionismo. Los filólogos, los maestros exégetas, miran el impresionismo con desdén y sonrisa. Los mismos literatos libres se han permitido algunos dislates al hablar de crítica impresionista. Los filólogos no tienen razón en su desdén por varios motivos:
  - 1) Porque el fin de la creación literaria no es provocar la exégesis, sino iluminar el corazón de los hombres, de todos los hombres en lo que tienen de meramente humanos, y no en lo que tienen de especialistas en esta o la otra disciplina. Y la crítica impresionista no es más que el reflejo de esta iluminación cordial; no es más que la respuesta humana, auténtica y legítima, ante el poema.
  - 2) Porque el crítico, en cualquier grado de la escala, si no lleva dentro un impresionista, carece del contacto para establecer esa misteriosa comunicación con la poesía y se queda, por decirlo así, fuera del recinto. El impresionismo es el común denominador de toda crítica.
  - 3) Porque el impresionismo, entendido como el conjunto de reacciones de una época, de una sociedad, o hasta de un solo individuo representativo, es el indicio indispensable para el filólogo; el que le hace

saber lo que ha dicho la voz del pueblo; el que señala a la exégesis el rumbo; el que llama la atención al erudito y al historiador literario sobre la presencia y el valor del poema, adelantándose a ellos con una palmadita en el hombro". Alfonso Reyes. *La experiencia literaria*. Editorial Losada, 1961. p. 87. Más adelante, Reyes recuerda a Wilde, que considera la crítica como "una creación dentro de otra creación" (p. 88) y a Eliot, para quien "la crítica impresionista procede por fecundación y es casi una creación, sin poder llegar a la expulsión completa de la criatura" p. 88. Dice luego Reyes: "Poesía y crítica son dos órdenes de creación" ... "Hasta puede ser que la crítica impresionista no sea tal crítica, en el sentido riguroso de la palabra, y conserve por sí misma un alto valor poemático". (pp. 88-89).

Claro que tampoco hay que limitarse al impresionismo. Este es como el punto de partida. Así lo ve Reyes. Guillermo Sucre tiene un esclarecedor ensayo, sobre estas cuestiones, "La nueva crítica", que recomiendo al lector.

12. Walter Kerr. *El rechazo del placer*. Sagitario. Barcelona, 1964. p. 74.
13. Op. cit. p. 75.
14. Ibid. p. 75.
15. Ibid. p. 76. Para Kerr la literatura ha tenido más suerte "porque consiguió disfrazarse mejor. Gracias a los métodos de la crítica textual desarrollados por el actual profesorado alemán, la literatura encontró la manera de hacerse pasar por ciencia. Los cursos de inglés, especialmente los de cierto nivel, se armaron de calibradores, microscopios y máquinas de sumar. Las obras maestras fueron examinadas en sus ediciones originales para descubrir las erratas, los textos fueron cortados, la compaginación discutida y se contaron las veces que una misma imagen se repetía. El grado en que se consideraba que un estudiante había llegado a dominar la obra estudiada llegó a depender del número de críticos citados, de las referencias documentadas, del chaparrón de notas con que atiborraba el margen de las páginas. El único aspecto de la literatura que llegó a estudiarse fue el que era susceptible de ser sometido a medidas y a pruebas científicas, el aspecto que no era en

sí mismo literario o imaginativo, sino objetivo e histórico. Un seminario de 'bibliografía y métodos' se convirtió en la base del curso universitario. No puede ponerse en duda que esta clase de investigación tiene su utilidad; gracias a ella las obras pueden ser fechadas, identificados los autores, descubiertos los plagios y analizados ciertos aspectos mecánicos de la técnica. Que ello ha producido en el estudiante o en el medio en que se desenvuelve un apasionado y constante interés hacia los textos desentrañados, es cosa que se puede poner en duda. He revisado una cantidad respetable de tesis doctorales en mis tiempos, pero no puedo recordar haber tropezado con ninguna cuya lectura produjese la impresión de que su autor estaba enamorado del tema. El hecho es que nuestras universidades son ahora, en realidad, 'Universidades de Ciencias y Ciencias' y es interesante observar que en los sitios en que las artes consiguen sobrevivir como tales, están servidas por un profesorado con tal complejo de inferioridad que se apresuran a calificar sus asignaturas como 'artes de comunicación' dando a sus programas el tono metálico de un cometido científico y dando claramente a entender que tienen menos que ver con la poesía o el drama que con los decibelios y las longitudes de onda". p. 77.

16. Ibid. p. 79.

17. Ibid. p. 175.

18. Ibid. p. 178. Hay mucha afinidad entre lo que Pieper y Kerr sostienen y lo que yo dije en *Realidad y literatura*. Frente a la crisis actual del ser humano revalidan una vieja palabra: contemplación. Kerr parte de la acepción que desea poner de relieve, aunque parece insignificante: "mirar con continuada atención". Partiendo del escueto significado de esta palabra, Kerr hace varias consideraciones. Pero oigámoslo. "¿Es posible que en estos desnudos huesos esté un recuerdo de prácticas olvidadas? ¿Qué pasaría si mirásemos simplemente algo, sin intensa concentración, sin esforzar el pensamiento, sin la urgente necesidad de arrancar una evidente ganancia del objeto o de la hora... Sólo con continuada atención? La atención en sí misma no requiere más que permanecer dentro de ciertos límites, tales como mirar por una ventana sin permitir que nada nos distraiga en el interior de la habitación; puede ser sostenida sin más esfuerzo que el que requiere sostener el hilo de una cometa. Supongamos que nos dejáramos llevar sumisamente a ver una cosa y luego, con solamente la misma atención que se requiere para oír

llorar un niño en la noche, nos dejáramos apartar de ella. Supongamos que, en una especie de alegre abstinencia, renunciásemos a tratar de entender algo más del paisaje ante nosotros de lo que el paisaje nos muestra; que estuviéramos dispuestos a seguir la curva de la rama y el rumor de la grava y la inclinación del poste dondequiera que la curva y el rumor y la inclinación nos hubieran sorprendido, que no nos interesásemos por modelos o provechos o incluso placeres, sino meramente en mirar como mira un centinela simbólico en un país seguro, que diéramos a nuestros ojos una silenciosa carta blanca y permitiéramos a nuestras mentes jugar en libertad sobre la superficie de un terreno intocado. ¿Podría entonces ser llamado eso el juego de la mente?

He aquí cómo un periodista, en un diario de una pequeña ciudad, redacta una nota al azar:

'Vi tres pájaros de frente, girando despaciosamente en grandes círculos, los movimientos de las seis alas sincronizados y perfectos... mientras reflejaban momentáneamente el sol naciente y volaban luego, desapareciendo a lo lejos. Si yo hubiera sido ornitólogo, hubiese identificado esas criaturas aladas por su nombre, investigando en su árbol genealógico y explicando algo de sus costumbres. Si las hubiese visto con los ojos de los que predicen el tiempo, las hubiera anunciado como presagios de buen tiempo o de lluvia y hubiera relatado antiguas historias que atestiguaran mis predicciones. Como filósofo, quizás las hubiera visto como símbolos de paz y armonía y me hubiese extendido sobre los ejemplos que la naturaleza ofrece al hombre. Como no soy nada de eso, los vi sólo como tres pájaros blancos en el sol de la mañana y pensé que eran bellos'.

¿Algo discretamente bien escrito en un estilo convencional? Sin duda. Pero no son solo los periodistas de las pequeñas ciudades, los que han escrito así o han hecho esas observaciones. Joseph Conrad, en su admirable prefacio a *The Nigger of the Narcissus*, dijo que el artista consciente desea ardientemente provocar en sus lectores un parecido estado mental". pp. 178-179.

En esta cuarta edición de *En torno al lenguaje* me ha parecido conveniente añadir unas breves palabras con miras a precisar algunos puntos.

Ante todo, es necesario y justo aclarar que mi reproche a la lingüística se circunscribe a un solo aspecto: a su neutralidad frente a su propio objeto de estudio; pero en ningún momento he pretendido negar la enorme importancia de esta disciplina, ni sus aportes al conocimiento del lenguaje, ni mucho menos la labor de los lingüistas en su campo o en la enseñanza.

Hubiera sido útil comentar en esta edición, aunque fuese brevemente, el esclarecedor ensayo "El criterio de corrección lingüística" de Angel Rosenblat, pero por razones de tiempo no fue posible: urgía entregar el libro a la imprenta, y agregar una nota habría exigido cambios que hubieran retardado su impresión. El ensayo de Rosenblat —uno de los más saludables que he leído sobre el tema— forma parte del libro *Sentido mágico de la palabra*, publicado por la UCV y constituye una defensa de la corrección, pero según un punto de vista muy moderno, el de la aceptabilidad social, cuyas exigencias están regidas por "la comunidad culta a que uno pertenece".

También *La perversión del lenguaje* de Amando de Miguel, editado por Espasa-Calpe, y "La política y el idioma inglés" de George Orwell, ensayo del libro *Cazando un elefante*, publicado por la editorial Guillermo Kraft, hubieran reforzado algunos de mis planteamientos. En *La perversión del lenguaje* se palpa el poco valor que se le concede al estudio del castellano en los institutos educacionales de España, y el ensayo de Orwell coincide bastante

con la posición de Kraus. Anoto aquí estas referencias para el lector interesado.

En esta edición he hecho algunas modificaciones y correcciones, atendiendo a las sugerencias del profesor Jesús Alonso que he acogido y por las cuales le doy las gracias. Los libros, salvo aquellos perfectos, son siempre mejorables, y *En torno al lenguaje* se sitúa entre estos últimos. De ahí que le corresponda estar abierto, de cara a cualquier observación crítica.

## BIBLIOGRAFIA

- Alonso, Dámaso: *Del siglo de oro a este siglo de siglas*. Editorial Gredos, S.A. Madrid. 1968.
- Arellano, S.J. Fernando: *Historia de la lingüística*. Universidad Católica Andrés Bello, Caracas. 1977.
- Ayala, Francisco: *El escritor en la sociedad de masas*. Sur, Buenos Aires. 1958.
- Bollnow, Otto Friedrich: *Lenguaje y educación*. Sur, Buenos Aires. 1974.
- Black, Max: *El laberinto del lenguaje*. Monte Avila Editores, C.A. Caracas. 1969.
- Briceno Guerrero, J.M.: *El origen del lenguaje*. Monte Avila Editores, Caracas. 1970.
- *América Latina en el mundo*. Editorial Arte, Caracas. 1966.
- Carreter, Fernando Lázaro: *Literatura y educación*. Editorial Castalia, Valencia. España. 1974.
- Cassirer, Ernst: *Mito y lenguaje*. Ediciones Galatea, Nueva Visión, Buenos Aires. 1959.
- Creber, Patrick J.W.: *Lost for Words*. Penguin Books.
- Duhamel-Jean de Salis: *¿Está en peligro la cultura?* Ediciones Guadarrama, Madrid, 1958.
- Fowler, Roger y otros: *Lenguaje y control*. Fondo de Cultura Económica, México. 1983.
- Fromm, Erich: *¿Tener o Ser?* Fondo de Cultura Económica, México. 1978.
- Gómez M., Luis A.: *Introducción al estudio del lenguaje*. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Chile. 1971.
- Gross, John: *The Rise and Fall of the Man of Letters*. Penguin Books. 1973.

- Gutiérrez Girardot, Rafael: *En torno a la literatura alemana actual*. Cuadernos Taurus.
- Janik y Toulmin: *La Viena de Wittgenstein*. Taurus.
- Kerr, Walter: *El rechazo del placer*. Sagitario, S.A. Barcelona. 1964.
- Kohn, C.: *Karl Kraus*. Didier, París. 1962.
- Kraus, Karl: *Contra los periodistas y otros contras*. Taurus, Madrid. 1981.
- *Detti e contraddetti*. Adelphi Edizioni, Milano. 1979.
- *The Last Days of Mankind*. Frederick Ungar Publishing C. O. New York. 1974.
- *La tercera noche de Walpurgis*. Icaria Editorial, Barcelona. 1977.
- Lafargue, Paul: *El derecho a la pereza*. Editorial Grijalbo. México. 1970.
- Lawrence, D.H.: *Selected Essays*. Penguin Books. 1965.
- *Estudios sobre literatura clásica norteamericana*. Emecé Editores, S.A., Buenos Aires. 1946.
- López Quintas, Alfonso: *Pensadores cristianos contemporáneos*. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid. 1968.
- Minnis, Noel: *Linguistics at Large*, Paladin. 1971.
- Muschg, Walter: *Literatura expresionista alemana de Trakl a Brecht*. Editorial Seix Barral, S.A., Barcelona. 1972.
- Nietzsche, Friedrich: *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*. Tusquets Editor, Barcelona.
- Pasquali, Antonio: *Comunicación y cultura de masas*. Monte Avila Editores, C.A. 1977.
- Peiper, Josef: *El ocio y la vida intelectual*. Ediciones Rialp, S.A. Madrid. 1979.

- Pound, Ezra: *Literary Essays of Ezra Pound*. Faber and Faber Limited, London. 1960.
- *El arte de la poesía*. Joaquín Mortiz, México. 1970.
- Cowper Powys, John: *The Meaning of Culture*. Village Press, London. 1974.
- Read, Herbert: *Educación por el arte*. Editorial Paidós, Buenos Aires. 1965.
- *La redención del robot*. Editorial Proyección, Buenos Aires. 1967.
- *Al diablo con la cultura*. Editorial Proyección, Buenos Aires. 1968.
- Reyes, Alfonso: *La experiencia literaria*. Editorial Losada, S.A., Buenos Aires. 1961.
- Rosenblat, Angel: *Sentido mágico de la palabra*. Universidad Central de Venezuela. 1977.
- *La educación en Venezuela-Voz de alerta*. Colección Cuadernos del Colegio de Humanistas de Venezuela, Caracas.
- Salinas, Pedro: *El Defensor*. Alianza Editorial, Madrid. 1967.
- Steiner, George: *Language and Silence*. Penguin Books, London. 1969.
- *Lenguaje y silencio*. Gedisa, Barcelona. 1982.
- *Extraterritorial*. Barral editores, Barcelona. 1973.
- Sucre, Guillermo: "La nueva crítica" en: *América Latina en su Literatura*. Coordinación e introducción por César Fernández Moreno. Siglo XXI. UNESCO. México. 1972.